

LA ESPADA Y LOS BRUJOS

CURTIS
GARLAND



BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

LA ESPADA Y LOS BRUJOS

CURTIS
GARLAND



BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

- 45 - Cyborg - *Curtis Garland*
- 46 - Más allá de Katmandú - *Peter Debry*
- 47 - Los mercenarios de las estrellas - *A. Thorkent*
- 48 - El número uno - *Glenn Parrish*
- 49 - La cosa que vino de Venus - *Keith Luger*

**CURTIS
GARLAND**

**LA
ESPADA
Y LOS
BRUJOS**

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 50

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 19.781 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971

sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1971

sobre la cubierta

*Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.***

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes
y entidades privadas
que aparecen en esta
novela, así como las
situaciones de la
misma, son fruto
exclusivamente de la
imaginación del
autor, por lo que
cualquier semejanza
con personajes,
entidades o hechos
pasados o actuales,
será simple
coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,**
S.A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

PREFACIO

Sword and Sorcery (Espada y brujería). Un estilo nuevo. Una renovada línea en la actual ciencia-ficción. Un grito de rebeldía contra la técnica, contra la cibernética y el frío mecanismo. Más que de novedad, deberíamos hablar de retorno. Retorno a los viejos tiempos y las viejas mecánicas fantásticas. El regreso del gusto del lector, hastiado de tecnología y progresos científicos, a la pugna eterna del hombre contra lo desconocido, que casi siempre es superior a sus limitadas fuerzas físicas y mentales. Así, la alquimia, la brujería, la magia, en vez del avance técnico y de la helada ciencia. La espada, en vez de la pistola de rayos; los hechiceros, en lugar de los inventores prodigiosos. La magia, creando ingenios y poderes que nunca podría gestar un laboratorio.

Los países sajones, especialmente, han abordado con entusiasmo esta nueva línea narrativa. Hartos todos de pura ciencia-ficción, se pasan un poco a la magia-ficción, siempre moviéndose en el terreno hipotético del futuro y de la conquista de mundos, espacios y confines cósmicos.

El hombre sigue la lucha por la conquista del espacio, de los astros. Pero, ¿qué mejor que los propios astros, como elemento primordial del género?

Y los lectores, con entusiasmo incluso, aceptan la lucha del hombre desnudo, hacha o espada en mano, contra los astrólogos perversos, los oráculos siniestros,

los genios malignos y los exorcismos de otros tiempos de oscurantismo y hechicería.

Siglos venideros, mundos lejanos, pero que tienen todos algo de medievales. Héroe galáctico que lucha con el sílex o el acero, la madera o la piedra, con medios primarios contra poderes superiores que no están ya en el campo electrónico, cibernético o tecnológico, sino en el mundo sombrío, fabuloso, de la brujería y las fuerzas sobrenaturales.

La aventura, así, pierde frialdad y también rigor científico, para hacerse humana, entrañable, épica y tremendamente cercana a nosotros. Porque no es la época ni sus recursos los que cuentan en la vida del hombre, sino éste mismo, su circunstancia y la función eterna de sus pasiones, sentimientos y anhelos.

Por ello, los países sajones, como ahora más lentamente otros lugares de más meridional mentalidad, admitieron con satisfacción la nueva línea, ese *new look* de la fanta-ciencia o anticipación.

Esta obrita es una muestra del género; un paso más en la teórica conquista futura —y actual ya— del espacio universal, sí. Pero con esos dos elementos nuevos —y tremendamente antiguos y eternos—, que son la espada y la magia. El género, rebautizado con la especial nominación de *Sword and Sorcery* (Espada y brujería), es éste. El lector español se enfrenta ahora a esa nueva narrativa que, como en el retorno de los brujos del «realismo fantástico» de un Pauwels y un Bergier, vuelve del pasado, y para influir en el estilo de nuestra década de los setenta.

El género que en novela, narración y *comics* está

ahora en vanguardia del campo literario de la aventura futurista, está aquí. El lector tiene la palabra.

Pero confío en que le gustará. Sé que le gustará, porque a todos nos agrada siempre un poco girar la vista atrás, recordar algo que parecía olvidado. Sin dejar por ello de caminar hacia adelante. Y entonces comprende uno que aquello que quedó atrás, tenía su encanto, su poesía, su belleza. E incluso su considerable valor eterno, que le hace, aún hoy, ser un nuevo elemento de fascinación, de sugestión, casi de originalidad.

Porque en el fondo, muchas cosas cambian a nuestro alrededor. Pero nosotros, precisamente *nosotros*, no cambiamos tanto como a veces imaginamos.

CAPÍTULO PRIMERO

Zoff Darrin despertó.

Habían hecho impacto. Se habían estrellado.

¿Dónde? Ese era un problema a resolver; una cuestión a dilucidar. Pero se habían estrellado. Eso era seguro.

El *Perseo* había chocado en un suelo, en un terreno firme. Se estrelló en algún lugar del espacio. No sabía dónde. No aún. Pero eso llevaría poco tiempo de poner en claro. Solamente unos cálculos, unas medidas, y las computadoras darían la respuesta exacta, precisa, matemática.

Zoff Darrin se incorporó dentro de su cápsula. Miró a través de la curva pared vidriosa, a los muros y cuadros de controles, a todo lo familiar, blanco, aséptico y estilizado del interior del *Perseo*.

—¿Dónde habrá sido? —se preguntó, apenas tuvo noción de lo ocurrido.

Un indicador luminoso, frente a él, señalaba automáticamente lo sucedido:

«Impacto. Desconexión de sistemas de hibernación. Averías a bordo.»

Eran diversos rótulos en la pantalla luminosa.

Todo cuanto sucedía en la nave, aparecía allí automáticamente. El indicador emitía un zumbido. Las letras parpadeaban, e incluso se borraban parcialmente.

Averías. Era cierto. Había averías. Incluso en los computadores electrónicos. Por eso había fallos en los indicadores automáticos. Zoff Darrin esperó que no

fuese mucho más lo que sucedía de adverso en los mecanismos de la nave.

No hubo suerte. Había más. Mucho más.

Lo supo apenas se deslizó la tapa cristalina de su cápsula hibernética, y salió al exterior, bajo la bóveda blanca de la amplia sala interior de la nave espacial. Tuvo un estremecimiento.

Un computador chisporroteaba. Otro emitía absurdos pestaños luminosos de variado color, en sus pantallas electrónicas. Otro permanecía apagado, silencioso, inmóvil. Se suponía que, en circunstancias normales, ninguno de aquellos complejos y delicados mecanismos creados por la cibernética, estaría paralizado un solo momento, ni siquiera durante el sueño de años, décadas o siglos de los astronautas del *Perseo*, la primera nave interestelar creada por el hombre, y lanzada hacia las estrellas.

—Averías... —jadeó Darrin, pálido y crispado—. ¡Dios mío, y qué averías...!

Hizo una rápida comprobación en el calculador de distancias, situación y rumbo. Se estremeció. La pantalla que debía darle una respuesta parecía loca. Cifras y cifras, en absurdo torbellino, desfilaron por allí. Lo mismo podía estar en la propia Tierra, que en el planeta Urano... o en Andrómeda.

No había respuesta. Los indicadores de fechas, velocidad y ruta, estaban también afectados. Se habían borrado los datos recogidos en las «memorias» magnéticas.

—Estamos aviados... —masculló Zoff Darrin—. ¿Dónde diablos estaremos ahora?

Estaremos... Plural. Se había referido en plural. De un modo instintivo, mecánico. Eso le hizo recordar algo. Algo más importante, mucho más importante que las propias averías. Más que su propio destino actual, incluso. Los demás...

¡Los demás!

Él no estaba solo, claro. Nunca estuvo solo a bordo del *Perseo*. Era el comandante de vuelo, sí; el responsable de aquel viaje estelar inaudito. Pero eso no era todo. Había otros. Había más tripulantes. Sus compañeros de vuelo cósmico. Ellos. Los otros tres...

Dos mujeres más. Y otro hombre. Ellos cuatro...

El teniente de la Fuerza Astronáutica Internacional, Clark Grabbe. La doctora Ilonka Sadmo. La oficial de la Fuerza Auxiliar Femenina del Espacio, Karin Woods...

Formaban parte del experimento humano y tecnológico. El y el teniente Clark Grabbe. Dos hombres. Ellas: dos mujeres. Dos hombres y dos mujeres. Jóvenes, sanos, inteligentes, equilibrados y fuertes. Ambos sexos unidos en un vuelo de larga duración. El enfrentamiento de la especie a otros mundos y otros ámbitos. Una prueba biológica pura. Supervivencia, adaptación, coexistencia, procreación y todo eso. Ellas y ellos conocían sus obligaciones mutuas. No eran mojigatos ni puritanos. Tampoco amorales ni sensuales. Por eso habían sido elegidos. Aquello no sería deseo ni pasión. No sería un concubinato tolerado por la ciencia y la ley. Sería, simplemente, un estudio natural de cuatro seres enfrentados a su destino en otros mundos.

Dos parejas. Y de ellas, nacerían nuevos seres. Ellos lo sabían. Ellas también. Biológicamente medido todo. Calculado, previsto. Sin emociones. Fría y desapasionadamente. Eran conejos de indias humanos. Aceptaban el papel. Y el experimento. Eso era todo.

Zoff Darrin fue a despertar a sus compañeros. Primero a las damas. Quizá por simple ley atávica, por inercia. Las damas primero...

Las despertó. A la rubia y estilizada Ilonka. A la morena y exuberante Karin. Ellas pestañearon, mirándole aturcidas, desde sus cápsulas hibernéticas, cuando se interrumpió el tránsito del aire vital en el ambiente congelado de sus cabinas de conservación.

—Vamos, preciosas —dijo con ironía—. Hemos llegado. No sé adónde, pero hemos llegado a alguna parte. Hay averías a bordo. Los sistemas electrónicos están estropeados. Pero el indicador de ambiente externo señala presencia de oxígeno. Si no está también averiado, creo que podremos respirar allá afuera.

Ellas se pusieron en pie. Salieron de sus cápsulas, desperezándose. Zoff Darrin caminó hacia la cuarta cápsula. La de su camarada, el teniente Grabbe.

Retrocedió, horrorizado.

—Dios mío... —musitó, palideciendo. Y sintió náuseas. Se apoyó en el blanco muro.

Rápida, la doctora Ilonka Sadmo corrió hacia él. Se inclinó sobre la cápsula. Entendió en seguida. Giró el resorte de hermético cierre de la cápsula. El hedor intolerable dejó de brotar.

—Pobre teniente Grabbe... —musitó—. Me había

empezado a gustar. Ahora sólo quedamos nosotros tres, comandante Darrin...

Zoff asintió, mudo de horror aún. No quiso contemplar aquella nauseabunda apariencia que era ahora Clark Grabbe, convertido en una masa repugnante, corrompida, de carne lívida, putrefacta, bajo largos cabellos canosos, lacios, y entre harapos, lagas y descomposición total.

—Falló el sistema de hibernación de su cápsula —comentó Karin Woods, sombría. Se persignó, allá al fondo de la nave—. No se enteró siquiera. Pero murió de viejo, mientras surcábamos los espacios. Su cadáver se pudrió en el ambiente natural, sin hibernación...

Hubo un profundo silencio. Los tres se miraron entre sí.

—Eso quiere decir que hemos viajado durante décadas enteras —jadeó Darrin—. Acaso durante siglos...

—Acaso, comandante —sonrió la rubia Ilonka—. Y eso quiere decir otra cosa más; que estamos solos los tres.

—Solos los tres...

—Sí, comandante Darrin —asintió Karin Woods. No hubo malicia, sino resignación en su voz—: Usted, como hombre único. Y nosotras, dos mujeres... El experimento será incompleto. Casi de *boulevard*. El triángulo eterno... Como en los viejos *vaudevilles*.

Zoff Darrin no contestó. En vez de eso caminó hacia los computadores que aún funcionaban. Los manipuló en busca de datos. Al final meneó la cabeza, examinando pensativo la tarjeta que le había devuelto

la máquina.

—Se estropeó cuando habíamos salido de nuestra galaxia —señaló Zoff Darrin—. Pero eso significa que, cuando menos, hemos recorrido ya cientos y cientos de años-luz. En realidad, ya nadie de los que dejamos en la Tierra existirá ahora, doctora Sadmo.

—Lo sé. Siempre supe que sucedería así —afirmó ella, ahogadamente—. Estábamos resignados ya a esa idea. Pero contábamos también con el teniente Grabbe.

—Deberá olvidarle, doctora —suspiró el comandante Darrin. Se inclinó, estudiando los datos de información de averías. Sacudió la cabeza con pesimismo—. Creo que habrá que olvidar otras cosas. Una de ellas esta nave.

—¿Qué? —indagó Karin Woods, hermosa y arrogante en su estilizado uniforme espacial, de breve falda sobre sus morenos muslos macizos, que se remataban en las blancas botas plastificadas—. ¿Tantas son las averías a bordo?

—Innumerables. El choque fue más brusco de lo previsto. La atmósfera de este mundo es densa aunque respirable. El roce quemó los sistemas de refrigeración exterior. Se quemó en parte la capa superior del fuselaje. Los computadores no funcionan. Los sistemas de hibernación sufren escapes. Es inútil quedarse aquí dentro. También fallarán los circuitos calefactores y de ambiente. Esto terminaría siendo una especie de hermoso y gigantesco ataúd de metal y plástico, hincado en un mundo hostil...

—Pero afuera..., ¿qué nos aguarda? —indagó

Karin.

—No lo sé —Darrin se encogió de hombros—. Los analizadores de ambiente y suelo, así como el circuito de televisión exterior, se estropearon al chocar. No vemos ni sabemos nada salvo lo que nos permitan ver las ventanas de proa. Vamos a saber lo que nos espera antes de aventurarnos en el exterior. Pero será preferible ir con los trajes térmicos y los equipos de reservas, así como provistos de toda clase de alimentos e hidratos concentrados. Ah..., y con armas.

—Armas..., ¿contra qué o contra quién? —quiso saber Ilonka Sadmo.

—Eso no podemos saberlo. Pero no hay que confiarse —suspiró, mirando en torno—. Por desgracia, esta nave no podrá ser nuestro cuartel general en lo sucesivo. Debemos abandonarla.

—¿Definitivamente? —se estremeció Ilonka—. Eso querrá decir que estamos condenados a quedarnos en un planeta desconocido, posiblemente inhabitable.

—Es un riesgo que corremos, sí. Dios quiera que no sea así, pero nada puedo asegurarles. Si hallamos medios para volver y reparar las averías primordiales, acaso podamos reactivar los sistemas energéticos de a bordo, y producir el impulso suficiente para despegar de este mundo y regresar a la Tierra. Pero desengañense, amigas mías. Todo eso es puramente hipotético. De momento, deberemos conformarnos, en el mejor de los casos, con sobrevivir allá afuera, y tener esperanzas de continuar vivos y a salvo de peligros, en este lugar donde estamos ahora, sea cual fuere.

—Sí, estoy de acuerdo con usted, comandante —suspiró Karin Woods.

—Me alegra que lo entienda así —Darrin suspiró, mirando a ambas mujeres. Trató de ser grave y solemne en este trance, cuando añadió—: Por otro lado, creo inútil que sigamos manteniendo nuestro frío trato de obediencia castrense. No da lugar a ello. Hemos dejado de ser militares o investigadores, para ser solamente tres seres humanos enfrentados a nuestro destino. Dos mujeres y un hombre. Tres camaradas. No quiero protocolos. Confianza entre los tres. Total, ¿entendido? Para vosotras, yo soy ahora Zoff Darrin, a secas. Y para mí, tú eres Karin y tú Ilonka. Es suficiente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Darrin —dijo Ilonka, con cierta timidez.

—Conforme, Zoff —habló Karin, con mayor desenvoltura. Y su boca de labios rojos, gordezuelos, dibujó una sonrisa significativa—. Después de todo, si hemos de ser dos Evas y un solo Adán, en este nuevo Paraíso sideral..., debemos empezar a tener mutua confianza, una familiaridad que resultará a fin de cuentas inevitable. Y sin celos entre nosotras, Ilonka.

—¿Celos? —enarcó sus doradas cejas la doctora—. ¡Qué tontería! Somos simples miembros de un experimento biológico-tecnológico. Eso es todo, Karin.

—Sí, eso es todo —cortó Darrin, algo seco—. Ahora vamos a ver el mundo exterior.

Y se encaminó a la proa de la nave, seguido por las dos mujeres con quienes debía de compartir sus días. Y sus noches. Si es que había noches y días en aquellos

mundos remotos de alguna ignorada galaxia lejana.

* * *

Contemplaron el exterior.

—Es asombroso... —musitó Ilonka.

—Bello y terrible a la vez, diría yo —apoyó la voz sorprendida de Karin Woods.

Eso lo expresaba todo. Darrin afirmó, en silencio. Hermoso y terrible. Así era aquel planeta con el que se enfrentaban por vez primera.

Había sol. Mejor dicho, había *soles*. Tres soles.

Tres discos de diverso tamaño. Uno, enorme, redondo, rojo ardiente. Otro, amarillo- rojizo, más pequeño y lejano. Finalmente, un tercero lejanísimo, pequeño como una luna, pero sorprendentemente cárdeno, fulgurante, con viva luz.

El cielo tenía un matiz extraño. No era azul, como el que a la atmósfera terrestre daba su coloración el oxígeno. Tenía una tonalidad cárdena, de franjas violáceas en la distancia casi estratosférica. Podía contribuir a esa coloración la existencia de los tres soles visibles en su espacio.

El suelo era pedregoso, estéril, rojizo. Parecía un desértico mundo de rocas cárdenas, de tierra polvorienta, entre ocre y rosada. Había arbustos. Incluso árboles. Retorcidos, resecos, atormentados de estructura. De tronco viejo, añoso, cubierto de rugosidades. De ramas retorcidas, convulsas. De hojarasca dorada, de un amarillo lívido, que iba del limón al anaranjado.

Podía ser un mundo en formación. O un mundo

viejo, muerto de siglos, de milenios. No podían saberlo. Karin hizo un súbito descubrimiento de importancia.

—¡Mira, Zoff! —murmuró, apoyando una mano en el brazo de su comandante—. Agua...

Darrin clavó los ojos en la distancia. Se encogió de hombros.

—Podría ser agua —convino—. O un líquido diferente, de similar apariencia. O solamente un vulgar espejismo. La fuerza solar aquí es muy intensa. Los soles de este planeta dan una claridad que deslumbra.

Parecía agua, ciertamente. Incluso tenía cierto matiz verdoso, mezclado con el cárdeno del ardiente cielo de aquel mundo. Darrin, poco confiado, aplicó a la ventana su medidor de ultravioletas e infrarrojos. Era un pequeño disco como un llavero. Marcó en el acto unas cifras, al recibir la luz en sus células sensibles. Darrin las leyó.

—Correcto todo —indicó—. No quema mucho más que el sol del Valle de la Muerte o del Sahara, en nuestro mundo. De cualquier modo habrá que protegerse la piel con grasa. Y llevar los trajes con la refrigeración interior a media marcha.

—¿Y el grado de oxígeno en el aire? —quiso saber Ilonka.

Darrin miró un indicador automático del muro. Lo comprobó, accionándolo. Marcó la misma intensidad. La mezcla apareció escrita en una cinta impresa:

«Oxígeno. Hidrógeno. Leves indicios de gas metano y amoníaco. No tóxico, pero poco saludable. Parece variar la composición atmosférica con la latitud.

Posible zona tropical. Pero tampoco la más tórrida. Precauciones extremas al salir.»

—Al menos, ese mecanismo sí funciona —suspiró Darrin—. Llevad cápsulas de oxígeno concentrado. Y bombonas portátiles de aire. También serán precisas píldoras refrigerantes. No olvidéis nada.

—¿Vamos a salir entonces?

—Es preciso, sí —afirmó él, rotundo—. Estudiaremos el lugar. Al menos, una milla en torno. Si se hace de noche aquí, volveremos a la nave, según veamos la velocidad de descenso de los soles diurnos. Si se mantiene un día eterno por falta de movimiento rotatorio, buscaremos alguna zona de sombra para descansar y acampar. En marcha. ¿Alguna pregunta antes de salir a ese mundo que desconocemos?

—Sí, una sola —habló Karin Woods.

—¿Cuál, Karin?

—¿Crees que estaremos muy lejos de la Tierra?

—Sí, mucho —suspiró Darrin, pensativo—. En un mundo muy remoto, con tres soles en su firmamento. Sólo Dios sabe qué planeta es éste. Y qué sistema solar nos rodea...

Se encaminaron a la salida, tras dirigir una última mirada a la cápsula hibernética donde reposaba su sueño final, corrompido y horrible, el infortunado teniente Crabbe, de la expedición del *Perseo* a lejanas estrellas de otros sistemas solares, acaso de otras galaxias...

Recogieron sus respectivos equipos, cargando con el mayor número posible de alimentos concentrados, y remedios contra el calor, el frío o las enfermedades,

todo ello en diminutas cápsulas. Las armas elegidas fueron fusiles de cargas térmicas, y pistolas de descargas eléctricas. Sus ropas, las adecuadas para un mundo que podía mostrarse hostil en cualquier momento: indumentarias espaciales, de refrigeración o calefacción interior. Y cascos espaciales, dotados de escafandra plástica deslizante, ahora recogida dentro del casco con las siglas de la Fuerza Espacial Internacional y su vistoso escudo.

Detrás, hincado entre rocas, inútil para intentar el despegue, quedó el orgulloso *Perseo*, el vehículo cósmico de afilada estructura, tan inútil ahora como un peñasco más, perdido en los yermos de aquel mundo desconocido y fantástico, bajo el día ardiente de tres soles.

El trío de seres humanos, holló el suelo candente de aquel mundo desconocido. Su calzado liviano, elástico, dotado de adherencias magnéticas, acusó la dureza del terreno. Y la existencia, asimismo, de un centro magnético planetario, como en la Tierra.

El aire, aunque pesado y maloliente, era respirable. Pero los esfuerzos físicos debían ser controlados, medidos con cautela. Un desgaste excesivo, provocaba en seguida la sensación de agobio que llegaba a hacerse insoportable, asfixiante.

La marcha comenzó.

Darrin situó el indicador de distancias de su traje en el punto cero. Lo comprobó cuando llevaban caminando cosa de una hora de tiempo terrestre. Llevaban recorrida casi media milla. La marcha era buena. El peso de su cuerpo, liviano. Eso quería decir

algo: la gravedad del planeta era menor. Cosa de un cincuenta por ciento de la terrestre. Consecuencia inmediata: el planeta de los tres soles era la mitad del planeta Tierra, aproximadamente.

Sólo habían encontrado a su paso arbustos atormentados, árboles viejos y rugosos, tierra seca, árida, piedras y polvo. Era como recorrer un mundo muerto, vacío y caliente.

—¡Mirad! —dijo de repente Ilonka, con un escalofrío—. Allá, en el horizonte...

Miraron. En el horizonte, sobre la línea del suelo pedregoso y áspero, los vieron. Sobre el cielo cárdeno y ardiente.

Eran los primeros seres vivientes del planeta, que se ofrecían a sus ojos asombrados.

CAPÍTULO II

—Parecen buitres...

—Buitres como pterodáctilos pequeños —señaló Darrin, perplejo—. Alas picudas, largo pico, vuelo lento, pausado... Sí. Revolotean en círculo. Como los buitres lo hacen.

—No son negros. Tienen plumaje azulado oscuro —observó Karin.

—Sí, eso parece —convino el comandante del *Perseo*—. Sigamos. Hacia ese punto...

—Tal vez encontremos algo poco agradable, Zoff —comentó la morena y hermosa astronauta.

—Tal vez —aceptó Darrin—. Pero encontraremos algo, sea lo que sea. Será mejor que no hallar nada.

Los extraños pajarracos, al menos de doble tamaño que los buitres terrestres, tenían un curioso parecido con las aves de rapiña del planeta Tierra, aunque físicamente recordasen a pequeñas aves de la prehistoria. Cuando estuvieron más cerca, captaron sus largos y agrios chirridos. Planeaban en vuelo raso, sobre algo que permanecía en el mismo lugar.

Tardaron algo en llegar. La distancia era mayor de lo previsto. Zoff Darrin miró, ceñudo, hacia el cielo cárdeno.

—Los soles... —indicó—. Descienden de prisa ahora. Va a haber un crepúsculo. Y si lo hay, sospecho que existirá una noche...

—¿No sería más prudente volver a la nave? —dudó Ilonka Sadmo.

—No. Seguiremos adelante. Es preferible explorar lo más posible. Si no hay refugio alguno natural,

aunque sea una caverna, dormiréis vosotras. Yo velaré.

—¿Sólo tú? —Karin le miró. Sus ojos negros relampaguearon. Incluso bajo su atavío espacial, sus formas de mujer exuberante se marcaban insinuantes. Y ella lo sabía. Humedeció sus labios con gesto expresivo—. ¿No empieza esta noche el experimento biológico?

—No tiene por qué ser tan de prisa todo —cortó Darrin, algo seco. Eludió mirar a las dos mujeres directamente—. Ahora lo que importa es nuestra seguridad. Nos sobrará tiempo para todo si no hay peligro alguno que nos aceche. Por tanto, esto es lo que cuenta inicialmente.

Karin rio burlona entre dientes, pero Zoff Darrin, el atlético y rubio comandante de la expedición cósmica, no se alteró ni cohibió por ello. Por el contrario, se mostraba en todo momento duro y enérgico, dueño de la situación por completo.

Los soles descendían rápidos. Uno se ocultó en seguida. El más lejano y rojizo. Se quedaron solamente dos. Uno, rozando el horizonte con el borde de su disco. El otro, agrandado por los vapores calientes de la tarde, parecía un gigante rojo y esférico, cubriendo un tercio del espacio.

—Desciende la temperatura —señaló Darrin—. Y con mucha brusquedad. Si llega una noche, va a ser fría. Muy fría, diría yo. Cuidad de los resortes térmicos para aplicar la calefacción adecuada...

Asintieron ellas. Alcanzaron una pendiente suave, cuesta arriba. Al otro lado, los chillidos de las aves azul oscuras, eran estridentes y ácidos. Uno de los

pajarracos remontó la ladera, se quedó mirando con ojos redondos, rojizos, a los tres viajeros. Y con un largo graznido de terror y sorpresa, planeó sobre ellos, alejándose rápido, con un seco batir de sus alas picudas.

Karin se acurrucó cerca de Zoff Darrin. Ilonka reveló un frío desprecio hacia su compañera, por aquella aproximación medrosa a Zoff. Su comentario fue incisivo:

—No ocurre nada de particular. Esa ave se asustó de nosotros. Es todo. Acaso nunca vio antes a seres con nuestra apariencia...

Karin permaneció callada, y Zoff tampoco hizo comentarios. Habían llegado a lo alto de la ladera. Miraron al otro lado, donde se agrupaban las aves, revoloteando.

Las dos mujeres sí lanzaron esta vez una doble imprecación de estupor. Zoff Darrin pestañeó, incrédulo. Contempló a las aves que, en número superior al centenar, revoloteaban por doquier, se posaban sobre formas tendidas en el suelo pedregoso, entre árboles y otras estructuras...

—Cielos... —jadeó Zoff Darrin—. Este planeta... está habitado. Habitado por seres inteligentes. Eso... eso es un pueblo. O lo que quedó de él, tras algún desastre...

—Y eso que picotean las aves son cadáveres —se estremeció Ilonka—. Cadáveres de seres que fueron víctimas de algo o de alguien...

Cadáveres.

Eso eran, ciertamente. Cuerpos sin vida. Cuerpos... humanos.

Humanos. Increíble, pero real. Cierto.

Eran hombres. Habían sido hombres. Yacían acá, allá. Bajo el fuego luminoso de los soles de aquel mundo extraño y remoto. Ensangrentados, como piltrafas. Entre jirones de ropas, de pieles. Picoteados despiadadamente por los extraños buitres o lo que fuesen aquellas aves de rapiña del mundo de varios soles.

Darrin disparó al aire una carga eléctrica. El fogonazo silencioso, azul, candente, carbonizó a cuatro o cinco aves, cuyos cuerpos calcinados cayeron dando volteretas, entre chirriantes graznidos de los demás. Remontaron el vuelo los pajarracos, alejándose del lugar en ruidosas bandadas. Su batir de alas se alejó en la distancia, recortadas sus feas siluetas al sol.

—Bajemos —indicó Darrin—. Son casas, edificios. Y gentes sin vida... Han incendiado los edificios. Han matado violentamente a los seres que aquí habitaban... Veamos todo eso. No soltéis las armas. Disparad sobre cualquiera que aparezca, si lleva trazas agresivas. No debemos fiarnos de nada ni de nadie.

Karin e Ilonka le siguieron a la hondonada. Caminaron entre desolados jirones de ropas, indumentarias de pieles, cascos de un metal parecido al hierro, aunque más brillante y liviano, como duro aluminio. Los cuerpos aparecían ferozmente mutilados o acuchillados. Algunos fueron decapitados, o se cortaron sus miembros a hachazos. Había sangre,

mucha sangre por doquier.

Era curioso, pero aquellos seres eran perfectos humanoides. Sólo que su piel tenía un pigmento azul, extraño, que en algunos llegaba a ser un añil intenso. Eran flacos, delgados, débiles físicamente. Las armas visibles eran de un primitivismo increíble: lanzas, catapultas rotas, hachas, toscos cuchillos...

—Cielos, esto parece el medievo de la Tierra —dijo Ilonka de repente.

Zoff Darrin giró la cabeza hacia la rubia doctora. Afirmó, seco:

—Eso pensaba yo —asintió—. Puramente medieval. Armas primarias, rudimentarios sistemas de lucha, de vida, de existencia... Ved las casas: chozas, cabañas. Barro, piedras, cañas, troncos... Cascos de metal, ropas de pieles y tejidos burdos...

—Y hombres azules y enjutos —dijo Karin, perpleja—. Asombroso todo, ¿no?

—El universo debe tener miles de mundos habitados. Formas de vida diversas e inauditas. Nosotros, por fantástica coincidencia, hemos ido a parar a un planeta habitado por humanidades. Aunque puede no ser casual solamente. La nave nuestra, el *Perseo*, tenía cerebros electrónicos, programados minuciosamente, para elegir planetas habitables, con atmósfera idónea para nosotros. Actuó bien. Y eligió un mundo adecuado. No puede extrañarnos, por tanto, que en un clima similar a la Tierra, existan seres de parecida estructura. Resulta biológicamente razonable.

—Y como hay hombres..., hay guerras. Hay muerte, destrucción, sangre... —Karin Woods se

estremeció, inclinándose y tocando un charco rojo oscuro—. Sangre, Darrin. Plasma similar al nuestro, al menos en color y en densidad...

—Sí, es evidente que su estructura es humanoide en muchos aspectos, y por ello y la similitud ambiente con la de nuestro mundo, ellos son muy parecidos a nosotros... —estudió a uno de los muertos. Era un hombre de mediana edad, larga barba, facciones afiladas... Podía haber sido un guerrero sajón o un normando en viejos tiempos terrestres. Un hacha le había hendido el tórax por medio. La herida era brutal. Darrin comentó, reflexivo—: Me gustaría saber qué clase de gente hizo esto.

—Es una bárbara guerra, sin duda —señaló Ilonka—. Como en la Edad Media de nuestro mundo. Hasta en eso se asemejan a nosotros, pero..., ¿por qué la pigmentación azul de su piel?

—De momento, no hay respuesta para ello —dijo Zoff Darrin, incorporándose. Miró en torno, preocupado—. Espero que no vuelvan por aquí los que hicieron tal cosa...

—Dios no lo quiera —Karin humedeció sus labios, preocupada también su expresión—. Imagino que no nos quedaremos por aquí a pasar la noche...

—Mucho me temo que sí —sonrió Darrin, fríamente.

—¡Comandante!... —Ilonka rectificó vivamente—. Perdón... Darrin, ¿cómo dices tal cosa? Quedarnos en este lugar... donde sólo mora la muerte y aletean las aves de rapiña... Donde podemos ser hallados por los que asesinaron a sus pobladores...

—Es más fácil encontrarnos con los asesinos si seguimos adelante sin saber adónde nos dirigimos —señaló Darrin, áspero—. En cambio, no es fácil que los vencedores regresen al escenario de su victoria una vez expoliado todo. Ved los edificios: quemados, derruidos, seguramente despojados de todo como botín... No, no volverán y menos de noche. Si estos humanoides azules son realmente tan parecidos a nosotros y su tiempo equivale al medievo terrestre, tendrán miedo, supersticiones. La noche y los muertos son feo asunto para cualquiera que piense así... Y la noche de este mundo la tenemos ya encima, aunque observo que, por no ser menos que el día, con una serie importante de lunas...

Ellas alzaron la cabeza. Miraron al cielo cárdeno, que se tornaba negro, frío y denso, sobre sus cabezas. Frías luminarias de estrellas límpidas, cercanas, nebulosas formando manchas luminiscentes, brumas plateadas, salpicando el cielo nocturno. Caía una gélida temperatura cada vez más baja y hasta una hilera de cinco lunas formaban un sorprendente espectáculo celeste. Cinco lunas de forma ovoide, desiguales entre sí, espaciadas, pero casi alineadas en la negrura cósmica.

—Es bellísimo, fantástico... —musitó Ilonka, admirada—. ¡Cielos, qué mundo este en que nos hallamos, Darrin...!

—Hermoso y terrible, como dijimos al principio —convino Zoff, seco. Señaló una cabaña, relativamente entera, al menos dotada de techumbre de ennegrecidas cañas, muros de troncos, adobes y piedra, y puerta con

sólo una tela burda, como de saco rojo oscuro, colgando de su dintel—. Entraremos ahí. Si alguien se acerca durante la noche, lanzaré una carga eléctrica. Su claridad y fulgor, asustará a cualquier intruso, que se creará enfrentado a un fantasma. Eso, suponiendo que este planeta sea realmente supersticioso...

Avanzó. Alzó la cortina roja, basta y áspera. Entró en el recinto. Ellas tras él. Darrin iluminó el interior con su pequeña lámpara de pila atómica, diminuta pero inagotable.

A su claridad, descubrió el interior. Lanzó una imprecación.

—¡Diablo, vaya si son supersticiosos en este mundo! —exclamó.

Luego, de repente, sonó el alarido escalofriante, y la forma viviente cayó sobre él, con furia avasalladora.

* * *

La forma azul se desplomó encima de Zoff Darrin violenta, súbitamente. Le derribó, a la vez que ellas gritaban, asustadas, echándose atrás. Un jadeo como de fiera herida y rabiosa, sonó en la estancia. La lámpara de Darrin rodó lejos de su mano enguantada, sumiendo todo en la penumbra que sólo rompían los rayos de las blancuzcas lunas diversas, flotantes en la noche negra y tersa.

—¡Darrin, cuidado! —gritó Ilonka.

El comandante de vuelo de la nave *Perseo*, no podía ya tener cuidado alguno. Sólo eficacia en la lucha, en la pugna feroz contra el desconocido adversario de las tinieblas...

Unos brazos huesudos, musculosos, delgados y fibrosos, enjutos pero fuertes, le rodeaban con tremenda rabia. Algo centelleaba entre los dientes de una boca cercana, jadeante, como de animal sanguinario y cruel. Ese algo saltó a los dedos azules de una de las manos agresoras, alzándose con un destello frío para herirle.

Ilonka y Karin gritaron. No podían hacer otra cosa. Disparar sus armas contra la pareja en lucha significaba matar también, con toda seguridad, a su propio compañero y comandante. De modo que no se podía hacer nada, salvo asistir a la pugna, esperando que el poderoso y atlético astronauta rubio venciera a su sorprendente enemigo.

Cuando menos, logró frenar la mano armada de un filo acerado. Y tras ello, disparó su rodilla violentamente contra el mentón del contrario, que cayó atrás, con un aullido de dolor y de ira. Cayó en tierra, sobre unas alfombras de pieles, para incorporarse vertiginosamente y caer, como un felino, sobre Darrin, nuevamente.

El nuevo abrazo colérico, desesperado, ligó a los dos seres, a los dos hombres..., si es que, realmente, aquel cuerpo fibroso, duro, de epidermis azulada, era un hombre, un auténtico homínido en su pura clasificación biológica.

Darrin estaba seguro de que lo era. Sentía contra su rostro los cabellos largos, oscuros, aceitosos, con un raro olor que recordaba al almizcle. Cerca de él, unos ojos llameantes, ardientes, que revelaban odio, furia, coraje. Entre los dientes, blancos y desiguales,

escapaban sonidos guturales, voces o palabras que no era fácil entender. Darrin se esforzaba en ello, pese a estar inmerso en la lucha, pero no lo conseguía. Las voces eran secas, cortas, posiblemente puros monosílabos. Pero, ¿qué clase de sílabas eran las de aquella lengua extraña y distante, pronunciada por hombres de piel azul, de reacciones imprevisibles, de espíritu violento, sin lugar a dudas?

El comandante del *Perseo* tuvo súbitamente la posibilidad de reaccionar. Alcanzó de lleno a su enemigo con un impacto seco de cabeza en el rostro. Aturdido, el otro se quejó roncamente, con un gruñido. Aflojó la presión sobre Darrin. Este pegó con ambos puños, seco y duro, sin contemplaciones.

Lanzó por el aire el cuerpo azul. Le oyó golpear con rudeza contra algo, posiblemente uno de los muebles sólidos y elementales de aquellos habitantes del medievo cósmico.

Y, finalmente, cayó de bruces, con una leve queja, como un estertor, sobre alfombras de pieles de animales. No se movió ya.

La lucha había terminado.

Zoff Darrin se incorporó despacio. Avanzó hasta el caído. Ilonka le tendió su lámpara. Karin apuntó con su arma a la cabeza del vencido.

—No, no disparéis —avisó, tajante, Zoff—. Dejad que yo examine a esta fiera humana... o lo que sea en realidad.

La luz de la pila nuclear dibujó nítidamente las facciones enjutas, afiladas, viejas de siglos, de vientos, de intemperies y de amargas. Rostro duro, seco,

curtido, agrietado por la erosión implacable del dolor físico y, quizá, moral. Cuerpo flaco pero arrogante, magro pero enhiesto y firme, azulino de matiz epidérmico, musculoso y recio, fibroso y áspero, viril y enteco a la vez, como la vieja estampa de un terrenal y remoto caballero andante de tiempos de espada, lanza y escudo. Con algo de guerrero medieval; con algo, acaso, de hombre primario y violento, enfrentado a sus propias limitaciones y a la dureza de una vida hostil.

—Intentó matarme —dijo roncamente Darrin, entre dientes—. Sin embargo, no puedo guardarle rencor...

Karin e Ilonka le miraron, sorprendidas. Ellas también contemplaron al guerrero azul de aquel planeta. No era hermoso; sus dientes seguían siendo desiguales, en la crispación de su boca, de su gesto todo. Su faz era agresiva, como tallada a bruscos golpes en un peñasco azulino. El pelo era largo, aceitoso de brillo. La barba, revuelta y hosca, como su propia apariencia toda.

—¿Compasión? —quiso saber Ilonka.

—¿Curiosidad? —se informó Karin.

Meneó Zoff Darrin su cabeza, negativamente.

—No creo. No sé. No creo que sea compasión. Estoy seguro de que no es curiosidad, tan sólo...

—¿Entonces...? —Era Karin la que volvía a preguntar, palpitando interés su hermoso y turgente cuerpo femenino, su ovalado y sensual rostro de hembra vital.

—Tal vez solamente fraternidad. Solidaridad.

—¿Solidaridad? —repitió Ilonka, perpleja.

—Eso dije. La solidaridad entre los hombres — señaló al caído—. Él es un hombre.

—Es un salvaje —cortó Karin, excitada.

—Es un peligro. Una fiera hostil. Un enemigo — acusó Ilonka.

—Es... un hombre —jadeó Darrin, incisivo. Puso su mano firme sobre el cuerpo caído, y rozó su musculosa epidermis sobre el tórax—. Solamente eso. Nada más y nada menos que eso, ¿entendéis? Un hombre de otro mundo. Un semejante, separado de nosotros por miles de años-luz acaso. O millones, no sé. Nada sabemos. Los aparatos del *Perseo* se estropearon. Igual podemos estar en Andrómeda, que en Géminis, a seiscientos millones de años-luz. No sabemos nada de distancias, de lugares, de nombres, de nada... Sólo sabemos algo: esto es un planeta habitado. Aquí hay guerras, hay luchas, hay odio, hay destrucción... y hay seres humanos.

—Seres humanos que nos atacan.

—Posiblemente como uno de nosotros, en un frente de batalla, atacaría a cualquier ser similar a nosotros, llegado en ese momento de un lejano planeta, ajeno a nuestros problemas y conflictos — replicó Darrin a Ilonka, vivamente—. ¿Eso no es una justificación?

—Pudiera serlo —la morena Karin Woods contempló al hombre azul abatido—. Pero él... sigue siendo un enemigo. Volverá a serlo cuando despierte, Darrin.

Zoff no contestó. Estaba tratando de ver al hombre con mayor claridad. Lo estudió en silencio. Luego,

miró en torno otra vez. Estudió los muebles de vieja madera carcomida, toscos y oscuros. Las alfombras, con pieles amarillentas, rayadas o manchadas, de animales que parecían tigres o leopardos, pero que no eran tales. Sus cabezas ofrecían formas de unicornio, colmillos prolongados o largos hocicos desconocidos. Animales raros, extraños, mezcla de felinos y de cornúpetas. Zoología de otros mundos.

En las paredes, animales disecados. Y ramitas de vegetales. Y figurillas como fetiches. Y apagadas luces de aceite o grasa animal, ante espantables imágenes en piedra, madera o metal. Dioses, diosas y paganas deidades de rostros monstruosos, de facciones de gato, cuerpos culebreantes, rostros diabólicos, cuernos, músculos, desnudeces lúbricas y feroces, gestos estremecedores, esqueletos entre mantos de niebla o sombra, ojos en oscuridad, garras y zarpas que parecían llegar de otros mundos...

—Superstición... —musitó Zoff Darrin—. ¿Os dais cuenta? Dioses, paganismo... Acaso brujerías, divinidades y genios maléficos, deidades horrendas... Oscurantismo medieval también en eso...

Se detuvo, estremecido, fijos sus ojos en la más horrible, fea e inquietante de todas aquellas diversas imágenes respetadas y adoradas en la vivienda donde entrara: una elevada, vertical, rígida forma negra, de terroríficas facciones de ave, con corvo pico, cuernos afilados entre orejas puntiagudas, boca abierta, como fauces terribles, entre el pico largo y agudo, mostrando una larga lengua colgante, y una especie de barbita de chivo o de mítico fauno bajo el morro de

ave.

Todo ello, con unas alas plegadas atrás, igual que negro velo de una capa plegable y siniestra de estilizado y cruel vampiro.

No supo por qué, pero todo eso, unido al brillo rojo, cristalino, como de dos ardientes rubíes perdidos en unas cuencas negras, de los oscuros ojos sin forma de la imagen infernal, le causó un raro pavor, un desconocido sentimiento supersticioso que, imaginado en la lúcida y fría mente de un astronauta de la época electrónica de la Tierra, parecía falto de todo sentido.

El hombre azul se agitó, en un inquieto sopor. Empezaba a recuperarse.

Darrin, rápido, rechazó con un gesto la acción de Karin, de ofrecerle su pistola de cargas eléctricas. En vez de ello, tomó el largo, afilado cuchillo de mango de hueso sin tallar, formado por la simple fricción de la mano del guerrero azulado, con el que pretendiera matarle en la pugna.

Sin la más leve duda, lo aplicó sobre la garganta del vencido. Y esperó.

El hombre de piel azul despertó. Sus ojos se fijaron en su enemigo. Centellearon, al descubrir el arma de acero apoyada en su garganta. Respiró hondo, sibilante, como admitiendo de modo tácito su impotencia.

—No sé si me entiendes —jadeó Darrin—. Seguro que no. Pero un solo movimiento, un gesto que me parezca sospechoso, y te mato. Sin dudarlo. Azul.

Le había llamado Azul por llamarle algo, de alguna forma. Esperó la reacción de su antagonista. Sentía el

fuego inquieto de unos ojos color ámbar vivo fijo en él. Pupilas estrechas, pequeñas, agudas, vivaces y violentas. El cuerpo azulado vibraba bajo su presión. Karin e Ilonka no le perdían de vista un momento.

Emitió un sonido gutural, seco, profundo.

—No le entiendo —masculló Darrin.

—Ni yo —dijo Karin—. Pero pretende decir algo. Está furioso.

—Nunca nos entenderemos con él —se quejó Darrin—. Ni él con nosotros. Nos cree sus enemigos mortales. Ved cómo mira nuestra piel, nuestros rostros. No entiende. No sabe lo que somos. Evidentemente, aquí todos son azules. O, por lo menos, de diferente pigmentación a la nuestra...

Volvió a rezongar el extraño, en su incomprensible, hosco, duro lenguaje monosilábico. Zoff Darrin no respondió. Sabía que era inútil. Como discutir con gente de otro país remoto, donde se hablara una lengua distinta. Ni siquiera la torre de Babel conoció posiblemente un caso tan difícil y distanciado. Dos seres, dos humanoides de diferentes planetas, dos criaturas inteligentes de sistemas solares ignorados entre sí, se enfrentaban en un duelo físico y verbal sin posible solución aparente.

—Es todo un problema, Zoff —murmuró Ilonka, preocupada—. Parece violento, furioso, pero también dispuesto a decir algo. Ha repetido por seis veces, cuando menos, la sílaba *kloo*...

Sucedió algo sorprendente. El guerrero azul dilató sus ojos de ámbar y chilló repetidamente, con voz aguda:

—¡Kloo, kloo, kloo, kloo!... ¡Dag bandlag emik unk kloo! ¡Kloo!...

Cambiaron una mirada los tres astronautas. Se encogieron de hombros, indecisos todos ellos. Pero con una chispa de interés latente en sus ojos.

—Evidentemente, significa algo —convino Zoff Darrin, mordiéndose el labio inferior—.

Pero..., ¿qué? Daría algo por saber qué es *kloo*, queridas amigas mías... Sólo que presiento que sería imposible, por mucho tiempo que pase, saber qué es exactamente cualquier palabra de este mundo para nuestro corto entendimiento humano, de simples criaturas de la Tierra, en un ámbito lejano y extraño...

—*Kloo...*, *kloo...* ¡*Kloo!* —repetía, furioso casi, el hombre de azul, agitándose, mirando con renovada furia a su captor, quien no separaba, ni por un momento, el filó puntiagudo de la extremidad del machete de la garganta de piel azulina, que palpitaba bajo su presión.

—Creo que daría años enteros de mi vida por entender a ese hombre —musitó Karin, casi furiosa, dando un taconazo seco en el suelo. Al hacerlo, derribó sin querer una hornacina o soporte de madera en el muro, del que se desprendió una imagen, una lámpara de aceite de fuerte y crudo olor, y una lamparilla ennegrecida. La figurilla, arcillosa o de materia similar se estrelló en el suelo, haciéndose pedazos diminutos, a la vez que Karin repetía, irritada —: ¿Qué mil diablos será esa palabra *kloo*?

La respuesta, en voz melosa, llegó a espaldas suyas:

—*Kloo*, hija mía..., significa muerte. Muerte de las

tinieblas...

Todos sobresaltados, volvieron la cabeza, sin dar crédito, en principio, a sus oídos.

Ni después a sus ojos.

CAPÍTULO III

El hombre les miraba desde la entrada a la cabaña.

Alrededor suyo flotaban volutas de humo verdoso, color esmeralda, cambiante hasta un tono hierba, para luego tornarse casi bilioso, y fundirse en brumas grisáceas, lívidas, que se perdían en la atmósfera diáfana de la noche de varias lunas en aquel mundo ignoto.

Era como la aparición de un genio, conforme a las modas y ritos de *Las mil y una noches*, o los relatos en que se mezclaban el mago Merlín, sir Lancelot y el rey Arturo. De los mismos pies del hombrecillo, asentados en la tierra seca de la entrada, brotaba humo, enroscándose, como espesa bruma, a su tosco calzado de pieles y correas, y lamiendo las delgadas, fibrosas piernas.

Unas piernas que, como el rostro enjuto y risueño del hombrecillo fantástico, no eran azules de piel, sino sorprendentemente oscuras, del color del chocolate. Casi como un mulato o un negro de suave pigmento. Sólo que los delgados labios, la fina nariz y los enjutos rasgos faciales del hombrecillo de interminable melena blanca y sonrisa afable distaban mucho de corresponder a los de un ejemplar negroide del planeta Tierra.

—¿Cómo... cómo dijo? —balbució roncamente Zoff Darrin, revolviéndose asombrado hacia el desconocido.

—Dije que *kloo* significa muerte. Muerte de las tinieblas... —repitió apaciblemente el aparecido. Y las últimas volutas de humo verde flotaron en torno suyo,

diluyéndose lentamente en el aire.

—Dios mío... —jadeó Darrin, incorporándose a medias, pero sin desviar de la garganta de su enemigo la punta del arma blanca—. Habló... habló en nuestra lengua...

—Sí, hablé en tu lengua, hombre de otros mundos —sonrió el desconocido.

—No es posible... Tú... tú eres alguien de este planeta. Alguien de este mundo...

—Sí, lo soy —rio él, risueño—. Lo soy, hombre de otros mundos... Pero hablo tu idioma. Te entiendo. Y me entiendes. ¿No te basta eso?

—¡No, no me basta! —rugió Darrin—. No me gusta lo que no entiendo. Y esto es algo que no entra en mi razón. No es posible que seres de diferentes planetas, de sistemas solares distintos, puedan entenderse, hablar en un mismo lenguaje...

—Todo es posible para Kilgan, extranjero.

—¿Kilgan? —Darrin frunció el ceño—. ¿Y quién es Kilgan?

—Yo —rio el hombrecillo.

—Sí, pero..., ¿quién eres tú?

—Kilgan. El mago Kilgan, simplemente.

—Mago... —Darrin hizo un aspaviento brusco—. ¡No creo en magos!

—Sin embargo, lo soy. Vine a vuestro conjuro, a vuestra llamada...

—Nadie te llamó —dijo ahora Ilonka, despectiva—. Ni nadie conjuró tu presencia, seas tú quien seas. Y dudo mucho que seas un mago, aunque tu aparición así pareciera probarlo...

—¡Espera! —jadeó Karin, trémula su voz—. Mira al suelo... Esa estatuilla... La que rompí al moverme... ¿Ves esa estatuilla, Ilonka?

La rubia y bella muchacha miró al suelo. A los fragmentos de la figurilla que cayera de la hornacina, junto con la lámpara de aceite, al moverse Karin con cierta violencia. Entendió, o al menos pareció entender. Muy pálida, contempló los trozos de figurilla, su pelo largo y blanco, su tez oscura, su rostro sonriente y afable...

—Cielos... —murmuró Ilonka—. Es él... Es la misma imagen de este hombre...

Darrin clavó sus ojos en la figurilla. El sí entendió. Señaló con su mano zurda, enérgico, hacia la figurilla destrozada.

—¿Quién era? —indagó, seco—. ¿Qué imagen era ésa?

—La de un mago —rio el hombrecillo—. La del mago Kilgan. Mi imagen, extranjero. Mi figura, exactamente...

El guerrero de piel azul, el prisionero de Darrin, tendido en el suelo, parecía realmente alucinado, encogido, con su vista fija en aquel hombrecillo, a quien miraba con aire de adoración, embobado acaso. Ni siquiera hablaba en su lengua monosilábica, o pretendía resistirse a su captor.

—No, no —rechazó Darrin—. Venimos de mundos donde la ciencia y la técnica lo son todo, seas tú quien seas. No puedo entenderte. No existe la magia. No hay brujerías ni artes sobrenaturales. Solamente medios científicos, electrónica, cibernética, magia de cables,

de transmisores, de electrodos y todo eso... ¿Tú lo entiendes acaso, Kilgan?

—Yo entiendo todo. Lo que conozco, y lo que no conozco —meneó suavemente su cabeza de larga melena blanca—. No sé qué extrañas ciencias domináis, pero no todo en tu mundo ha sido eso. Ni en mundo alguno. Hubo cosas mejores, ciencias ignoradas que tú no dominas...

—¿Qué ciencias, Kilgan?

—Magia, alquimia, brujería, hechizos...

—¡Por Dios! —soltó Darrin una larga carcajada—. ¿Qué es eso, Kilgan? ¿Qué puede ser nada de todo aquello, de tanta superstición y embaucamiento, para afrontar el poder frío y matemático de la ciencia humana? ¿Qué sois vosotros, pobres magos y hechiceros, en un mundo que no sea este que aquí os rodea, en este mundo ignorante, mísero y medieval, donde todo se da como bueno, porque la ciencia y la técnica se desconocen, y pasarán todavía milenios enteros ignorándose? Kilgan, orgulloso hombrecillo, seas mago o no..., estáis desnudos. Desnudos ante medios como los nuestros, los que nosotros dominamos en nuestro lejano y poderoso planeta...

—¿Desnudos? —el hombrecillo rio, apoyando sus manos sarmentosas en aquellas toscas, viejas ropas suyas, de pieles y de telas burdas, que envolvían un cuerpo enjuto y seco, erguido como un arbusto sarmentoso—. Vamos, vamos... Desnudos estaréis vosotros, los hombres de la ciencia y de la técnica, apenas choquéis con seres que dominen los poderes formidables de lo oculto, de lo ignorado...

—Nunca podríais desnudarnos de poder gente como vosotros —replicó Zoff Darrin, irguiéndose altivo, poderoso—. Ved esta espada que llevo en la mano. ¿Qué simboliza? Vuestro poder, vuestras armas. ¿Qué vale? Nada de nada. Puedo arrojarla de mis manos, tirarla al suelo, y empuñar algo que os aniquilaría a todos, de yo desearlo así, en menos de un segundo...

Y así diciendo, Zoff Darrin arrojó lejos la espada del guerrero azulado, y en su lugar tomó con energía su pistola de rayos térmicos, que apuntó al caído. Karin y la rubia Ilonka, comprendiendo su mirada rápida, giraron sus propias y temibles armas científicas, asestándolas sobre el viejo de larga melena blanca y seca piel oscura y curtida.

Este se quedó inmóvil, contemplando todo aquello. No pareció inmutarse. Darrin rio brevemente.

—Ya ves, mago Kilgan —murmuró, con voz irónica—. Nuestro compañero tuvo razón. Ahora eres tú quien, con toda tu magia, estás desnudo ante nosotros...

—Y si lo dudas, fíjate en esto —añadió Karin.

La morena beldad alzó su arma eléctrica. Apuntó a una pesada mesa de madera, hecha de macizos troncos cortados, bloques de árbol como patas o base, y un armario de igual tosquedad y dureza. Apretó el resorte de su arma.

La pistola eléctrica disparó una carga de media potencia. Estalló contra la mesa. Se provocó una llamarada vivísima, que hizo chillar de terror al guerrero azul, cautivo de los tres terrestres. Kilgan

contempló indiferente el destrozo. En medio del fogonazo deslumbrador, mesa, asientos y armarios desaparecieron, convertidos en pavesas negruzcas, que flotaron, posándose mansamente en el suelo ennegrecido.

—Un arma temible —admitió Kilgan, pausado—. Pero no estamos desnudos frente a esos medios de lucha, criaturas de otro mundo. Sois vosotros los que, lamentablemente, os sentiréis desnudos ante nuestro poder, apenas yo haga... *¡así!*

Agitó un brazo. Les miraba fijamente. Hubo como un estampido formidable allá afuera. Un relámpago en el cielo, un trueno ensordecedor, y una lívida claridad dentro de la cabaña. Brotó humo rojo, cárdeno intenso, del suelo, en torno a los tres terrestres.

Cuando se extinguió, todos se miraron, perplejos, alucinados.

Casi desnudos. Sin trajes espaciales. Sin armas. Apenas con jirones de tejidos envolviendo los puntos indispensables del cuerpo... Dos mujeres y un hombre. Desnudos casi por completo, frente a la sonriente y apacible figura del mago Kilgan, que no había dejado de mostrarse risueño ante ellos.

* * *

—Cielos... ¿Qué ha ocurrido? —jadeó Zoff Darrin, lívido, contemplando sus abiertas y poderosas piernas, de maciza musculatura, de recia contextura, como su bronceíneo torso de gran atleta, brillando a la luz de las lunas exteriores y de su lámpara atómica, caída en tierra.

Los pechos macizos de Karin Woods, la morena y opulenta Karin, apenas si se cubrían con jirones de tela, o entre los dedos crispados de sus manos. Su desnudez bronceína, de terso estómago, suave curva abdominal, caderas rotundas y piernas macizas y firmes, destacaba junto a la palidez suave del semidesnudo de Ilonka, rubia y esbelta, aunque dotada de curvas suaves de alabastro, apenas disimuladas por retales de tejidos plásticos...

—Lo siento, amigos —musitó la voz afable de Kilgan—. No era justo. Y lo que no es justo, debe ser abatido. Ocurra lo que ocurra.

—¿Quieres decir... quieres decir que *destruiste* nuestras ropas, nuestras armas, nuestros poderosos medios de aclimatación, defensa o ataque, en cualquier ambiente extraño? —jadeó ahora Karin, estremecida.

—Quiero decir que vuestro amigo, el varón —señaló a Zoff, rotundo—, cometió su pecado de soberbia, mostrándome su poder. Vosotras también creísteis ser muy poderosas, exhibiendo la fuerza aniquiladora de las armas de vuestro mundo. Aquí, desgraciadamente, todo eso de nada sirve. Hay poderes superiores al de vuestra orgullosa, ciencia y vuestra altiva técnica. Poderes que basta con invocar, como yo hice..., para desnudar de ropas singulares y de armas devastadoras a cualquier criatura viviente...

—Desnudos... —gimió Zoff Darrin, estrujando sus manos nervudas en el aire—. ¡Estamos realmente *desnudos* frente a otro poder superior!

—Os burlasteis de la magia. Ya visteis el resultado;

nadie es tan poderoso como realmente imagina ser. Yo, por ejemplo humilde mago Kilgan, no puedo ser nunca como Kloo, dios de la muerte, o como Krah, dios de las sombras malignas... Ni siquiera como su príncipe guerrero, Azam, señor del odio y hechicero del poder exterminador de la sacerdotisa Arga y la diosa de la noche sin lunas, la siniestra y oscura Galea...

—Dios, cuántos nombres extraños... —musitó Ilonka.

—Hay más aún —replicó Kilgan, volviéndose a ella. Estudió su desnuda figura, pálida y esbelta, como una mancha rosada en la noche—. Pero ellos son los importantes. Yo, Kilgan, mago del pueblo, apenas soy nadie en este mundo. Sólo trato de servir lealmente a mi señora, la doncella Auria, sacerdotisa del culto a la luz de la estrella Miziam, en su afán de dar a los justos y a los honrados su pan, su hogar y su derecho a la supervivencia.

—Me gustan tus palabras, Kilgan..., pero nos redujiste a la nada... —Darrin extendió sus poderosos brazos desnudos, puro músculo, tendones y fibras en tensión—. ¡No poseo arma alguna en mis manos, malditos seáis todos los magos y brujos de este planeta! ¿Qué haremos contra las heladas noches de este mundo, sin nuestros sistemas de calefacción interior en las ropas espaciales? ¿Qué, contra vuestros soles malditos, de fuego abrasador, de luz cegadora, sin nuestras defensas y medios refrigerantes? ¿Qué haremos contra cualquier enemigo, sin armas ni medios de lucha? ¿Cómo volver a nuestra nave sin

orientadores, y con ella a nuestro propio mundo remoto? ¿Qué va a ser de nosotros en este planeta hostil y desconocido, donde los hombres se odian, se matan, tienen miedo, supersticiones primarias, y se conducen aún como bestias? ¡Vamos responde!

Kilgan respondió. Pausado, sin prisas:

—Mía no fue la culpa. Yo quise demostraros solamente que la humildad es buena en todas partes, extraños. Siempre hay alguien más poderoso que uno mismo. Si yo fui capaz de desnudaros de ropas, armas y medios científicos de defensa, ¿qué no haría, por ejemplo, enfrentado a vuestro torpe y orgulloso poder, la sacerdotisa Arga y sus hombres alados, el príncipe guerrero Azam y sus legiones de seres de las tinieblas, e incluso el propio Reptok, el monstruo mutante de la diosa de la noche sin lunas, la tenebrosa Galea? Decid, ¿qué sería de vosotros, creídos de vuestra grandeza, que apenas es nada, y que en un solo instante, con mi reducida fuerza mágica, queda reducida a... a simple desnudez contra los poderes ocultos?

Hubo un profundo silencio. El guerrero azul se había incorporado, lentamente, acurrucándose en un rincón, mirando hostil a Darrin, a Karin, a Ilonka, e incluso al propio Kilgan a quien, sin embargo, dirigía ojeadas de respeto y temor. Darrin sin dudarlo, había vuelto a agacharse, tomando la espada del vencido. Y la enarboló, como único medio de poder en aquella situación increíble.

—Pese a todo, no me rendiré —dijo fríamente Darrin—. A nadie. Sólo exijo respeto. Para mí y para mis dos compañeras.

—Mi respeto lo tienes, extraño —sonrió Kilgan, amable—. No revelas miedo en tu gesto. Eso es importante. Ellas tampoco parecen cobardes ni medrosas. Sois gente digna, no hay duda. Pero pecasteis de soberbia. Y vale más que yo os diera ese escarmiento a que lo hubierais recibido en peores circunstancias, frente a enemigos más feroces y crueles que yo.

—Pero nuestros trajes, nuestras armas..., nunca podrán recuperarse, ¿no es cierto? — indagó Zoff, preocupado, enarbolando la espada, en su mano fuerte, nervuda desnuda ahora no sólo de guantes acolchados espaciales, sino incluso de su preciso y complicado reloj-cronógrafo, medidor y calculador de distancias y orientaciones.

—Nunca, tal vez. —El mago se encogió de hombros, indiferente—. No valen de mucho, puedes creerlo. Cualquiera de los grandes enemigos que te cité, los adversarios del pueblo Yesah, harían trizas no sólo vuestros flamantes equipos científicos, sino incluso a vosotros mismos a la vez... Créeme: no hay nada para defenderse de cualquier enemigo... como la justicia... y una espada.

—Una espada... —Darrin la enarboló en el aire, haciéndola zumbir, cortando el ámbito con un seco zumbido. Destelló, fría y acerada, tan azul casi como la piel de su prisionero—. ¿Qué es una espada, qué significa esta pobre arma, donde unas armas electrónicas nada valen contra el adversario?

—Una espada, una simple espada, extranjero, puede ser la mejor arma —sonrió irónicamente el

mago Kilgan—. Sólo que tiene que ser *una* espada en particular...

—¿Una? ¿Cuál?

—La Espada de los Justos.

—Suen a leyenda medieval —musitó Karin, irónica.

—A romance de hadas —añadió Ilonka, burlona.

—Hay hadas en nuestro planeta Zor, del sistema solar de los tres soles Wulko. Como hay brujos, genios malignos... y habitantes que sufren la lucha eterna del bien y del mal, sea donde sea, en todo el ámbito sin límites del universo. No os extrañe, pues, que todo esto suene a fantasías de otros tiempos. No hay duda que vosotros sobrepasasteis ya las épocas de la alquimia y la brujería, que nosotros vivimos ahora... o que nosotros, hace ya milenios, superamos vuestro orgulloso tiempo tecnológico y, asqueados de todo ello, volvimos a lo primitivo, empezando a escribir de nuevo la historia... Esas cosas nunca se saben a ciencia cierta. Sabemos de cataclismos y ruinas, de civilizaciones perdidas, aquí en Zor, como sin duda las hubo en vuestro mundo. Tenemos nuestro libro sagrado, los textos proféticos de Miziam, que sin duda en vuestro mundo tendrá otro nombre...

—Sí —musitó Darrin—, Acaso la Biblia. La palabra del Señor...

—El Señor de Zor, de vuestro mundo y de todos —aceptó el mago Kilgan, elevando sus ojos al cielo, visible por entre las rendijas de las cañas del techo. A las lunas y a los astros de aquella galaxia ignorada y remota—. Sí, el Señor a quien todo se debe. Sólo que

cada gente tiene su modo de rendirle culto, sólo eso... Uno, a veces, no sabe dónde empieza ni termina la Historia... Dejemos eso, extranjero. Hablemos de vosotros. Y de la Espada de los Justos.

—¿Qué espada es ésta?

—Está en poder del pueblo muskee, el peor de todos nosotros. El propio Azam, príncipe guerrero de las tinieblas, señor del odio y hechicero del poder exterminador, hijo predilecto de Klool, la muerte, y de Arga, la sacerdotisa, creado por los poderes nefastos de Galea, la diosa de la noche sin lunas, ganó esa espada, donándola a su pueblo predilecto, los malditos, perversos y crueles muskees del Norte. Ellos conservan la espada. Ellos la veneran y defienden contra todos. Nadie en el planeta Zor, puede llegar a la espada.

—¿Entonces...?

—Escucha esto, extranjero. Hay una inscripción en la empuñadura de esa espada. Es de argal, el metal más duro, flexible y valioso de todo nuestro planeta. Allí se grabaron las palabras rituales, en lengua zinda, el lenguaje de los zindas, o pueblo maligno del Nordeste, por voluntad propia de Krah, el dios de las sombras malignas. Fue como un desafío abierto al poder de Auria, la doncella de la luz de la estrella Miziam, nuestro espíritu bueno y noble. Allí dice que «solamente un hombre orgulloso y altivo, una criatura no nacida en Zor, llegada de lejanas estrellas, con el poder de su soberbia y de su furia vengadora, podrá empuñar la espada Wakk o Espada de los Justos, arrancándola de donde se halla, dominando a los

muskees, y pudiendo esgrimirla incluso contra los poderes de la noche y de las tinieblas, si existiera el guerrero capaz de adiestrarse en el sendero oscuro de la muerte».

—Hablas como en viejos y olvidados ritos de mi propio mundo, Kilgan —musitó Zoff, caminando hacia él, pausado.

—Hablo como se habla siempre en cualquier mundo donde existen los ritos, el bien, el mal, lo justo y lo injusto, el amor y el odio —recitó calmoso el hechicero de largo pelo blanco con una triste sonrisa—. Creo que, en el fondo, todos los mundos habitados del universo son similares entre sí. Más similares de lo que todos imaginamos, extranjero...

—Es posible que sí —reflexionó Zoff Darrin, en voz alta. Meneó la cabeza rubia, pensativo, sobre su poderoso cuello musculado, de duros y rígidos tendones—. Aún me pregunto cuál pudo ser tu magia increíble, la que te permitió entendernos, hablar nuestra lengua y comprender nuestras palabras, Kilgan...

—Oh, eso... —él hizo un ademán, con aire modesto—. Nuestro Creador nos dio inteligencia, aparte nuestros poderes mágicos, extranjero... Yo soy inteligente, y mi mente actúa movida por fuerzas superiores... Sólo tuve que intentarlo, para comprenderos. Y sólo tuve que desearlo para que mi lengua sirva de vehículo fiel a mis pensamientos, expresados en lenguaje yesah, dentro de mi cerebro, y modulados en vuestra sencilla lengua, gracias a mi poder mágico, cuando mis labios emiten palabras...

—Me inclino ante esa clase de magia que tanto se aproxima a la lectura del pensamiento ajeno y la captación de ondas mentales —murmuró Darrin, perplejo aún. Miró al guerrero de piel azul, medroso y encogido al fondo de la cabaña—. Y él..., ¿quién es, exactamente?

—Un guerrero yesah —explicó Kilgan—. Un hombre bueno... expoliado y atacado por sus enemigos ancestrales, los malvados zinda. Y por la brujería negra de Galea, la diosa de la noche sin lunas... y princesa de los zindas. Este pobre pueblo de agricultores y pastores, de guerreros poco habituados a luchar y a matar, nada tiene que hacer frente a la fuerza brutal, exterminadora y violenta de las sanguinarias hordas zindas, los guerreros del Nordeste, de piel rojiza y ojos de hielo... Más rubios que tú. Mucho más, aunque no de pelo de plata, como los muskees del Norte.

—Sí, entiendo —musitó Darrin—. Pueblos, guerreros, agricultores, brujos, magos... Un mundo horrible y primario. Pero en el que estamos obligados a vivir o al menos a intentar sobrevivir...

—Eso es: intentar sobrevivir. Y no va a ser fácil, creedme. Nada fácil..., a no ser que tú, extraño, quisieras ser el destinado a poseer la Espada de los Justos, la espada Wakk del príncipe guerrero de las tinieblas, el poderoso Azam.

—Yo... —Darrin frunció el ceño—. El extranjero de lejanas estrellas... ¿Crees que seré el elegido por la profecía Kilgan?

—No puedo saberlo —sonrió el mago—. Pero

presiento que puedes serlo..., si así lo deseas. Lo importante de los seres vivientes destinados a algo es que realmente quieran que su destino se cumpla...

—Si con esa espada pudiera defender mi vida, la de mis compañeras, y tener un medio de sobrevivir, acaso una esperanza de regresar a mi mundo..., tal vez lo intentase.

—Una esperanza de regresar... —Kilgan meneó la cabeza, dubitativo—. Eso, no sé... Pero si alcanzas esa espada, si llegas a hacerla tuya..., muchas cosas pueden hacerse realidad un día... Aunque no puedo asegurar que también sea posible lo que tanto deseas. Imagino que tu mundo y el nuestro están muy lejos entre sí...

—Mucho. Muy lejos. Ahí sí que no hay magia capaz de transportar a los seres vivientes de uno a otro. Sólo la ciencia, la técnica... y una nave que dejamos en un páramo. Una nave averiada, difícil de recuperar, de reparar..., si no imposible.

—A veces no importa en qué mundo se viva, si uno subsiste, si sobrevive si se defiende. Vivir es, de por sí el mejor don de los dioses todos...

—Tal vez. —Zoff Darrin cambió una mirada pensativa con sus dos bellas compañeras de expedición cósmica. Luego, murmuró, inclinando la cabeza—: Si no hay otro medio..., vivamos donde sea. Incluso en el planeta Zor...

—Suponiendo que se pueda vivir —comentó Karin Woods, con ironía.

—Sí, suponiendo eso..., que es mucho suponer, viendo lo que los zinda hicieron de esta gente —señaló

Darrin al guerrero azul, al combatiente yesah con quien se enfrentara poco antes en violenta lucha. Se encaró al mago Kilgan, y preguntó—: Ante todo..., ¿qué deberemos hacer para seguir adelante, para llegar, si es ello posible, a esa Espada de los Justos, que guardan los habitantes del pueblo muskee, en el Norte?

Kilgan respondió a eso. Con lentitud, con arrogancia, con la mirada perdida en el vacío, acaso recibiendo su inspiración de fuentes situadas mucho más allá de todo lo tangible y lo natural:

—Debes tener cuidado. Debes luchar contra la muerte y el peligro que os acecha a todos. A los tres... Quizá no puedas evitar que las tinieblas os alcancen y envuelvan dolorosamente, pero debes seguir siempre adelante. Sin ceder, sin debilitarte ni retroceder ante nadie... Debes luchar, en suma, incluso por encima de ti mismo y de tus sentimientos, extranjero... Yo veo horrores, dificultades, angustias, sangre, muerte, miedo... Veo dificultades sí. Pero veo una mano como la tuya. Una mano recia, nervuda, dura y firme, que levanta en vilo el centelleante acero de la espada Wakk, sujetándola por su dorada empuñadura de argal... La espada que puede libertar a mi planeta de sus terrores y supersticiones, que puede vencer las oscuras hechicerías de los grandes y poderosos brujos de la sombra... Y darte a ti cuanto necesites en esta vida...

—Espero que no te equivoques, al menos en eso —dijo sombríamente Darrin—. Y que todo lo demás sea menos terrible que lo presentido...

—Mucho me temo que no, extranjero —suspiró Kilgan, con gesto grave, taciturno—. Mis ojos, mirando más allá, ven comenzar todo con un gran ruido con fuego alrededor... y con demoníacos seres del abismo del mal rodeándote por doquier...

Fue como un presagio hecho realidad en el acto.

Hubo una llamarada terrible que lo envolvió todo, un bramido ensordecedor, que hizo temblar el suelo del planeta Zor, derribando muros llameantes... Y entre todo ello, un alarido agudo repetido hasta el infinito, como el graznido de una inmensa bandada de aves siniestras...

Por doquier, comenzaron a surgir entes infernales, cuerpos escamosos, seres mitad humanoides, mitad reptiles, con colas de saurios y cuernos acerados, punzantes, larguísimos, emergiendo de sus hocicos y sienes de bestias feroces.

Karin e Ilonka cayeron bajo el peso de muchos de ellos, chillando desesperadas. De sus cuerpos semidesnudos, heridos, brotaron salpicaduras de sangre. Zoff Darrin sintió su propio cuerpo abatido por el alud. Zarpas hirientes, patas escamosas, de garras curvadas, se apoyaron en su piel, rasgándola. Una mano escamosa y parduzca elevó sobre él una terrible, gigantesca hacha de doble filo, de metal color púrpura, que cayó vertiginosa hacia su cuello, para decapitarle.

En la puerta, no quedaba ni el menor rastro del mago Kilgan.

CAPÍTULO IV

El hacha de dos filos le hubiera seccionado el cuello limpiamente, haciendo saltar su cabeza con violencia, muy lejos del cuerpo. De eso, Zoff Darrin estaba bien seguro.

Sin embargo, tenía aún su cabeza sobre los hombros. Se tocó el cuello. Ni gota de sangre. Sobre su tórax desnudo, sí. Había zarpazos, profundos rasguños, sangre seca. Y dolor. Dolor tolerable, irritante tan sólo.

Se incorporó. Miró en torno. Se quedó con la vista fija en los escalones. Largos, interminables escalones de piedra hacia alguna parte. Hacia una sima oscura, insondable. Se estremeció. Sangre. Había sangre abundante. Seca, en regueros por los escalones. Había corrido hacia abajo, posiblemente durante años. Sangre humana, que un día fue viva, palpitante, caliente...

Frotó sus sienes. Sacudió la cabeza. No podía ser. Era una pesadilla. Un mal sueño. No era posible que todo aquello fuera cierto. Él debía haber muerto. Muerto. Muerto...

¿Era esto la muerte en el planeta Zor?

No. La muerte debía ser la misma en todas partes. En Zor, en la Tierra o en otro sistema solar, por remoto que fuese. La muerte era... la muerte. El final. El silencio, la sombra.

La sombra estaba ahora allí. Al fondo de la sima. Allá abajo. Lejos... Al menos había cien escalones. Quizá más. Cien peldaños de piedra, goteantes de sangre seca.

Y arriba...

Alzó la mirada. No se le había ocurrido mirar arriba. Ahora lo hizo. Miró. Sufrió un espasmo violento. Un escalofrío.

Un altar. Un ara...

Recordaba muchas así. Nunca las vio al natural, claro. Sólo en viejas estampas. Grabados medievales, o dibujos de los tiempos bárbaros, de costumbres normandas, sajonas, acaso vikingas...

Un altar de sacrificios. Sacrificios humanos. A los lados, subiendo, formando flancos hacia la altura, estacas con calaveras clavadas. Calaveras diversas. Humanoides unas; las otras no. Cabezas de hueso pelado. De simios, de antropoides, acaso de reses, mitad normales, mitad desconocidas. Unicornios. Otros que eran tricornios o pentacornios. Algunos con extrañas osamentas alargadas o de forma oval...

Y al final, una enorme plataforma, una plana piedra circular, donde el rojo era intensísimo. Sangre. Mucha sangre seca. Sangre de años, de siglos acaso...

Más allá, la boca enorme, espantosa, abierta, llameante, de una extraña fiera, de un animal diabólico, de enormes fauces, de interminables colmillos, que eran como columnas de acceso al propio infierno...

La figura se materializó, se hizo realidad en aquella abertura ardiente. Una figura alta, etérea, grácil, flotante, envuelta en brumas que eran como jirones de nubes rojizas, purpúreas, enroscándose en unas bellísimas piernas desnudas, de un matiz dorado, como si la epidermis de una virginal doncella hubiera sido bañada en oro líquido...

La dama se movía hacia él. Pero se quedó quieta, erguida en la gran pila de piedra de los sacrificios. Alargó sus brazos al cielo. Entre ellos, flotaban a la vez vaporosas gasas y flotantes guirnalda de humo, vapores sinuosos, enroscándose en los dedos largos, de afiladas uñas...

Era una mujer. Una hermosísima mujer. Humana, sin duda alguna. De piel dorada, de reflejos áureos. De pelo interminable, como una capa a sus desnudas espaldas, envueltas solamente en jirones de tul y retales de niebla...

El pelo era como diamantes y oro hilado. Centelleaba, iridiscente. Los ojos eran de un dorado oscuro y ardiente. Los labios, de un cárdeno casi purpúreo, goloso y húmedo, destilando avidez, codicia sensual...

—Soy Arga la sacerdotisa —dijo.

Y la voz femenina, profunda y pastosa, cálida y sensual, retumbó con millares de ecos en las tinieblas sin formas, en la sima infinita, en la altura, en bóvedas invisibles hechas acaso solamente de oscuridad y silencio...

—Arga, la sacerdotisa... La servidora del odio y el poder exterminador... —musitó Zoff Darrin, con tono profundo que pese a ello retumbó en ecos sordos y sonoros acá y allá.

—Veo que te habló de mí el mago Kilgan —rio ella. Y su risa larga, encadenada, musical, melódica, con gorjeos y trinos de pájaros infernales, rebotó en las tinieblas como un campanilleo de hermosos sonos y siniestros significados—. Extranjero hermoso y fuerte,

tú estarías muerto ya, si no fuera por mi intercesión ante los habitantes de los abismos del mal, los reptiles humanoides al servicio del monstruo mutante Reptok, que evitó que el filo de sus hachas te sacrificasen antes de tiempo.

—Entiendo tus palabras, oigo tu voz, sé que hiciste lo que dices... ¿Por qué todo ello, sacerdotisa de las tinieblas? ¿Por qué, Arga? ¿Por qué salvarme de los reptiles humanoides, por qué traerme aquí, por qué hablarme en mi lengua?

—Porque yo, la sacerdotisa del odio y del poder exterminador, tengo poderes para ello y para más —declaró ella, altiva, sobre el fondo flamígero de la boca infernal y satánica—. Mi fuerza es capaz de paralizar un brazo armado y dormir a un ser viviente, sin él advertirlo. Así te sucedió. Mis facultades me permiten entender cualquier lenguaje, y hablarlo con quien se enfrente a mí. Por eso estás aquí ahora. Y estás por lo que tú sabes bien: porque eres fuerte y hermoso. Porque deseo que seas el amante de la sacerdotisa Arga. Tal vez, de merecerlo, llegues a ser el favorito de la diosa Galea. Y eso significaría tu inmortalidad, y también tu conversión en poseedor de facultades sobrenaturales...

—No deseo nada de eso, sacerdotisa —replicó Zoff Darrin, empezando a subir, escalón por escalón—. Sólo quiero saber lo que me reservas ahora. Y lo que ha sido de mis dos compañeras.

—¿Las mujeres que te acompañaban entonces? —Ella rio con su larga, aguda carcajada musical y fantástica—. La hermosa mujer morena y la bella

mujer del pelo dorado...

—Ellas, sí —afirmó secamente Darrin—. ¿Qué las hicisteis? Espero que no estén muertas...

—Podrían estarlo —declaró la sacerdotisa, altiva—. ¿Qué harías tú, entonces?

—No sé. —Darrin alargó sus brazos, estrujando entre sí sus manos. Los dedos crujieron duramente con el gesto—. Pero si pudiera realizarlo, te mataría. Te destruiría, si a ellas les pasó algo.

—No puedes hacerlo —replicó ella, burlona—. Nadie puede hacerme nada a mí. Y tú, menos que nadie, puesto que ni siquiera posees poderes mágicos... Pero me gusta tu osadía, tu arrogancia. Eres orgulloso, extranjero.

—Mucho. Y vengativo —apretó los labios, con ira, ya solamente a dos o tres escalones de distancia de su interlocutora, la bellísima sacerdotisa—. ¿Qué fue de ellas?

—No temas —rio, irónica, Arga—. Están a salvo. Como tú mismo... Ve con ellas para comprobarlo. Pero recuerda que si no aceptas ser el amante de Arga, sacerdotisa de Galea, ellas serán trasladadas a este altar de sacrificios humanos... Estás advertido. Dentro de poco tiempo, cuando los soles vuelvan a salir en el cielo de Zor, espero tu respuesta definitiva, hermoso extranjero. Ahora, mi magia te trasladará junto a ellas...

Elevó sus brazos al cielo. Hizo un ademán ampuloso, teatral. Zoff Darrin esperaba cualquier cosa.

Lo que sucedió pudo sobrepasar holgadamente su imaginación. Porque de las tinieblas, como al conjuro

mágico de la sacerdotisa Arga, brotó un fabuloso caballo alado, color plata.

Cabalgó en el aire, hasta cerca de él. Coceó en el vacío, relinchando, desplegando sus alas increíbles, de fabuloso «Pegaso» redivivo. Sin dar crédito a sus ojos, Darrin subió a su lomo platinado. Las crines eran como hilos argentíferos, flotando en el aire. Cabalgó el animal majestuosamente. Y Darrin, fascinado, vio que todo se perdía atrás, como si la galopada espacial del caballo alado le condujera a través de dimensiones y espacios sin imaginar, rumbo, acaso, al propio Olimpo...

No, no fue el Olimpo. Súbitamente, la cabalgada fantástica terminó sobre una plataforma entre nubes, como flotando en un vacío informe y oscuro. Se quedó allí, parado, al descabargar. El animal se fundió, convertido en humo plateado, en el vacío. Retumbó la inconfundible carcajada melodiosa de la sacerdotisa Arga, surgiendo de la nube plateada que se disolvía.

Y no quedó nada. Nada, excepto él, en aquella superficie plana e ignorada.

—Magia... —masculló roncamente Darrin. Se frotó los ojos, con una mano ruda, nerviosa—. Oh, Dios, qué planeta enloquecedor y estúpido... Todo pura magia, poderes sobrenaturales y hechicería... ¿Qué puede hacerse contra eso?

Se volvió. Allí estaban ellas. Ilonka y Karin. Ellas, y una especie de cúpula de vidrio, envolviéndoles dentro de aquella superficie plana flotando en la negrura informe. Y muebles livianos, fantásticos, de formas curvadas y gráciles. Una luminosidad dorada les

envolvía.

—Vosotras... —murmuró—. Al fin os encuentro. Imagino que no seréis simple producto de magia o de hipnosis... Os veo, ¿verdad? Espero que no os imagine...

—Íbamos a preguntarte igual, Darrin —suspiró Ilonka—. Es como vivir en un mundo demencial e imposible...

—Absolutamente demencial. —Miró en torno, a las estructuras aéreas de aquel recinto—. Recordad que estamos en un planeta donde todo es puramente medieval. Esto que nos rodea es falso. Sé que es falso por completo. No existe. Nos lo imaginamos. Lo crea nuestra propia mente, movida por artes de exorcismos y brujería.

—Zoff, somos seres civilizados, de un planeta que intenta conquistar los espacios siderales —le recordó Karin—. ¿Crees que podemos *imaginar* tales cosas... y ser sujetos de experimentos mágicos?

—No sólo lo creo, Karin. Es que *así es*. Así está sucediendo. En este mundo, los hechiceros y alquimistas aún gobiernan a los seres vivientes. Es un poder más grande que la misma ciencia o los medios técnicos, si se sabe encarrilar bien. Y ellos, sin duda, saben hacerlo, para el bien o para el mal, como en los más remotos tiempos de la Humanidad.

—En resumen, Darrin, ¿qué estamos esperando aquí, prisioneros de este sistema de gobierno absurdo y anticuado, pero lleno de terribles poderes sobrenaturales? —indagó Ilonka, con su fría mentalidad de investigadora.

Darrin paseó por la estancia. Su desnudez casi absoluta, salvo aquellos jirones que cubrían sus caderas y nalgas, que colgaban sobre sus musculosos y fuertes muslos macizos, era como la de una estatua de bronce con melena de oro, en medio de otra de rosado mármol, como Ilonka, y la bronceína, oscura, sinuosa y mórbida de Karin. Todos ellos, dentro de la envoltura cristalina de aquel raro recinto, eran como fantásticos ejemplares de un zoo magnífico y poderoso, bajo la invisible mirada de observadores irreales.

— No sé lo que esperamos —replicó el comandante de la nave *Perseo*—. Sólo sé que vamos a intentar salir vivos de este planeta, sea como sea. O a permanecer en él, en el peor de los casos, pero dueños de nuestras vidas y de nuestras voluntades. Para ello, lo primordial es que yo acepte el concubinato con una sacerdotisa de este lugar.

Karin e Ilonka se miraron. Eran mujeres. Eran hembras. Eran las «Evas» de aquel «Adán» interplanetario, y parecían sentir por vez primera el aguijón primario de sus celos, de sus sentimientos heridos, ante la posibilidad de compartir al macho propio con una hembra desconocida y temible.

—¿Por qué eso, Darrin? —murmuró Ilonka— ¿Ella es hermosa?

—¿Te gusta? ¿La deseas? —indagó a su vez Karin

— No se trata de eso ahora —cortó él tajante—. Quizá sea hermosa. Tal vez pueda llegar incluso a desearla. No lo sé. Sólo entiendo una cosa: ella hizo una oferta. Si me niego, vosotras seréis sacrificadas en

un espantoso altar como en los viejos tiempos de los seres humanos, haciendo ofrendas a los dioses.

—¿Olvidaste acaso lo que dijo Kilgan sobre la espada Wakk? —le recordó Ilonka—. Ella te daría la fuerza. Nos daría, acaso, libertad y vida. A nosotros y a todos los oprimidos.

—Es algo viejo como el mundo; como todos los mundos, por lo que puedo ver aquí —sonrió él, meneando la cabeza con energía—. Pero la espada es una utopía. Los brujos, los magos y sacerdotisas del mal y de las fuerzas tenebrosas, o como queramos llamarlas, son una realidad terrible y cercana. Aceptemos eso. Si rechazo la oferta de la sacerdotisa Arga..., os sacrifican a ambas. ¿Qué puedo hacer?

—Rechazarla —dijo Karin, con inesperado ímpetu. Se echó en sus brazos, le cubrió la boca con sus besos rabiosos, apasionados. Darrin sintió la proximidad palpitante y cálida de su cuerpo. Ella murmuró, apenas despegó sus labios de él—: No me importa morir. Pero no quiero perderte, ahora que puedes ser mío, siquiera sea por unas lunas de este maldito planeta de hechiceros y genios maléficos...

—Karin dijo la verdad. —Ilonka Sadmo apartó a la morena beldad y ella ocupó su lugar, besando con ardor los labios del rubio, atlético, poderoso Zoff Darrin. Luego, le miró con pasión, muy cerca sus rostros—. Eres nuestro. De ambas. No debemos sentir celos una de la otra. Nos lo prohíbe nuestra mentalidad, las circunstancias... Todo. Pero sí de esa sacerdotisa a quien detestamos aun sin conocerla. ¡Ella no debe ser tu dueña! No dejes que te esclavice otra

mujer... ¡No importa lo que nos ocurra! No vendas tu alma a esa diablesa, a cambio de nuestras vidas...

—Lo siento —atajó él, separando con energía a la rubia Ilonka—. No sería obrar con cordura. Arga es una mujer cruel, despiadada. La manejan fuerzas superiores, malignas y violentas. No cedería. Cumpliría su amenaza. Pero hasta los brujos cumplen su palabra, si la empeñan. Así fue en el pasado. Espero que todo siga igual. Aceptaré.

—¡No! —gritó Karin.

—No, Darrin... —musitó Ilonka—. No lo hagas... No confíes en esa mujer malvada. No te fíes de nadie en este mundo infernal...

—Debo hacerlo. Me guste o no. Está decidido. Así se lo haré saber a ella.

—¡Darrin! —gritaron ambas, a coro.

No quiso escucharlas siquiera. Y no las escuchó.

Se sintió lanzado a un torbellino oscuro. Atrás borrándose en la distancia, quedaron las dos mujeres hermosas Karin e Ilonka. Sus camaradas de la Tierra, aquellas con las que debía procrear otros seres humanos, en cualquier confín adonde llegasen en su viaje cósmico, más allá de estrellas y galaxias en una conquista fantástica de remotos confines de: espacio...

Se perdieron sus voces, sus imágenes. La oscuridad le envolvió, absorbiéndole.

Sin saber cómo, se sintió sumergido en un insondable abismo de emociones, de placeres y goces increíbles... En un ámbito donde no parecían existir el dolor ni las angustias, las preocupaciones y sufrimientos. Allí donde se podía morir de placer, sin

sentirlo siquiera.

En una sima resplandeciente, dorada y hermosa como la propia sacerdotisa Arga y su lúbrica belleza absorbente...

CAPÍTULO V

—Despierta, extranjero... Es nuestro amanecer... Mira los soles en el espacio...

Zoff Darrin miró sobre su cabeza. Y sobre la de la dorada hermosura de Arga, la sacerdotisa, hacia el cielo límpido, cárdeno, salpicado de luces solares. Con sus tres anaranjadas esferas de luz vital flotando en el cénit.

—Sí, es el amanecer en el planeta Zor... —Darrin miró en torno, sorprendido, al descubrir en torno una campiña apacible, de campos cultivados de extraños frutos purpúreos y amarillos, edificios toscos, de piedra, y cañaverales, junto a un riachuelo apacible, de aguas verde-grises, con salpicaduras de flores radiantes, irisadas y grandes, en sus riberas sin fin.

—¿Feliz, extranjero? —preguntó, melosa, la voz de Arga.

Darrin la miró. Sabía que iba a verla así. Casi desnuda, envuelta en tules tenues, de un desconocido tejido de estrellas y destellos, apenas un velo que diluía sus formas. Tendida en la tierra blanda, como una diosa pagana. Acaso como lo que era...

Pero no vio a la diosa. Ni siquiera a la sacerdotisa del mal, sino a la mujer. A una mujer solamente, en sus tres dimensiones humanas, palpitantes, tremendamente físicas, enormemente materiales.

—Arga, no pareces sobrenatural ahora... —musitó Darrin.

—No lo soy, amor... —sonrió ella, gozosa, estirándose en la campiña, casi lúbricamente—. Soy mujer. Las diosas se hacen mujeres cuando aman y son

amadas, ¿no lo sabías?

—No sé gran cosa de este mundo. —Darrin se sentó sobre sus poderosas piernas de atleta. No pareció gozar del contacto de la mano suave, sedosa, acariciante, de Arga, la sacerdotisa, al rozar su hombro, su torso desnudo—. Pero si es así, ¿qué ocurrió esta noche, que apenas si lo recuerdo?

—Mi hechizo te absorbió totalmente —rio ella—. Fuiste mi amor, mi vida toda. Y apenas si te enteraste de que estabas junto a mí por un tiempo que era breve y eterno a la vez...

—Arga, no te entiendo del todo, pero te creo —susurró Darrin. Luego, miró a la lejanía. A la luz de los soles de Zor, a sus campos, a su bucólico ambiente de paz, que acaso era sólo nueva ilusión de sus sentidos, aunque ahora tuvo la rara consciencia de que todo era real, tangible. Incluso la propia sacerdotisa, hecha mujer a su lado—. ¿Y tu promesa, Arga? ¿Respetarás las vidas de mis amigas del planeta Tierra?

—Te debes fiar de mí —musitó ella, besando de nuevo su cuello—. Olvídalas. Olvida todo. La mañana es joven aún. Somos como dos bárbaros campesinos de estas tierras. Nadie nos dirá nada. Nadie vendrá aquí. Yo, hecha mujer, hecha ser humano tan sólo, despojada de mi condición de deidad poderosa y mágica en tanto soy sólo amante tuya, sigo a tu lado. ¿Qué puede importarte todo lo demás?

Le envolvió en un abrazo profundo, cálido, absorbente. Darrin se dejó besar, devolviendo débilmente aquel contacto de sus bocas. Pensando en Karin, en Ilonka, en sus vidas y en su seguridad

misma...

Luego, lejanamente, el eco de una voz llegó hasta él, envuelto en trinos de pájaros desconocidos, en el chirriar de arados que ignoraba, en el lamento de animales de carga que jamás viera antes...

—¿Sabéis la nueva? Los dioses reclaman sacrificios otra vez. La sacerdotisa Arga entregó anoche a una extraña a su diosa Galea... Sí, fue ejecutada en el altar de sacrificios del templo de la Noche sin Lunas... Era hermosa y morena. De pelo oscuro y carne prieta y turgente... De curvas hermosas y abundantes... De rostro bello y poco conocido... Dicen que se llamaba Karin. Que murió, sacrificada por el propio Reptok, el monstruo mutante, clamando a los cielos y los planetas, a las estrellas y los soles, por un tal Darrin, otro extranjero...

Zoff Darrin emitió un ronco, profundo, estremecido alarido de horror. Se apartó de Arga como si ella quemase, como si fuese un viscoso monstruo, una serpiente maligna, o una de las Tres Gorgonas de los mitos terrestres.

—¡Arga, faltaste a tu palabra! —aulló—. ¡La gente clama por Karin, gritan su sacrificio en el altar!...

—No escuches a la gente —jadeó ella, sensual, lujuriosa—. Olvida todo. Olvida a Karin, olvida a tu mundo, a tus amigas... Arga es tuya. Puede serlo para siempre...

—¡Vine a ti sólo a cambio de sus vidas! —rugió Darrin, convulso—. ¡Y sacrificaste esta maldita noche a Karin Woods, a mi amiga Karin!...

—Olvida, es lo mejor. No escuches, no hables... —

suplicó ella, mitad implorante, mitad amenazadora . Aprovecha que soy mujer mortal, que soy tuya y que...

—¡Mujer mortal! —rugió de nuevo Zoff Darrin, mirándola con odio infinito—. ¡Veremos si realmente lo eres, sacerdotisa Arga! ¡Lo veremos!...

Y se precipitó sobre ella, sus manos engarfiadas. Ella chilló. Sus labios se movieron. Ya no emitía palabras inteligibles para Zoff Darrin, sino monosílabos ásperos de su mundo. Darrin la había aferrado por el cuello. La estrujó hasta ponerla violácea, desorbitados sus hermosos ojos, jadeante su boca abierta, por la que asomaba la lengua...

En el cielo cobrizo, se formaron nubarrones verdes, flotando ominosos hacia él. Sonaron gritos lejanos, de voces ignoradas, que Darrin percibió. Y que entendió, sin saber por qué.

—¡Las fuerzas del odio y del poder exterminador vienen en ayuda de Arga, que puede morir! ¡Ningún dios salvará al extranjero, si Arga sobrevive a su ataque!...

Pero Darrin era una furia, era una implacable fuerza desatada, violenta y brutal, dispuesta a aniquilar a sus enemigos. Y Arga, la hermosa y complaciente Arga, era su enemigo ahora. El más odiado y perverso de todos...

Apretó más. Luego, incapaz de asesinarla con sus poderosas manos, la soltó. Violentemente, escapó el cuerpo femenino de sus zarpas de tendones como cables de acero, de dedos como garfios.

Golpeó, dando rebotes su cabeza dorada en unos peñascos abruptos y rojos. Se quedó quieta, inmóvil.

Su jadeo se hizo estertor. Su estertor, silencio. Una lividez extraña, cenicienta, se extendió sobre su rostro...

Ocurrió algo raro, en torno a Darrin. Hubo clamores lejanos, agudos, vibrantes:

—¡La sacerdotisa Arga ha muerto!

—¡La dama del odio y del exterminio ha sido muerta por un extraño!

—¡Arga no existe!

—¡Los dioses y los poderes del bien protejan al extranjero que acabó con Arga!...

Darrin miró ante sí, perplejo, ceñudo su firme rostro que parecía cincelado en bronce vivo. Las nubes verdes se diluían, escapaban en la distancia, perdiéndose veloces... Y ante él, Arga, la sacerdotisa, se diluía también, convertida en vapores verdosos, dejando el vacío donde antes estaba ella. Sin nadie. Absolutamente nadie...

Zoff Darrin se irguió, resoplando. Lentamente, giró la cabeza. Contempló a quien se le acercaba.

—Lo hice —masculló—. Maté a Arga... ¿O escapó, para convertirse en algún monstruo terrible?

El que venía hacia él, sobre la campiña, era el hombrecillo oscuro, de blanca melena. El mago Kilgan, que sonrió bondadoso, deteniéndose frente al vencedor.

—Sí lo hiciste —admitió—. Acabaste con Arga.

—No quise llegar tan lejos —masculló Darrin—. No ataco nunca a mujeres...

—Ella no era una mujer. Era un poder latente, un espíritu del mal. Su error fue hacerse mujer para gozar

de tu afecto. Pudiste acabar con su inmortalidad, aprovechando su envoltura carnal.

—Pero ella..., ¿ella hizo sacrificar a Karin?... —gimió Darrin.

—Lo siento. —Kilgan inclinó la cabeza—. Sí. Lo hizo así. Karin, tu morena amiga, yace en la piedra del altar de la Noche sin Lunas. Ve a recogerla. Nadie lo impedirá. Las furias del mal se retiraron a llorar durante noches enteras a su Arga desaparecida. Entierra a Karin, si es tu deseo. Ilonka se salvó. Iba a ser sacrificada esta noche, mientras tú continuabas con Arga tu largo idilio...

Darrin se apoyó, anonadado, en un arbusto de frutos. Miró a las casas, a las tierras de labranza, a las gentes de color azul y de gesto apacible, que le miraban con cierta simpatía, casi con fraternal amistad...

—¿Cómo? —gimió—. ¿Cómo ir allá ahora, Kilgan?

—Yo te ayudaré, extranjero. Nada temas ya del pueblo yesah. Te admira. Nadie jamás pudo vencer a Arga. Tú lo hiciste. Saben que eso despertará la cólera de los dioses, pero no les importa. Querían un caudillo, un líder, un guerrero fuerte y poderoso. Creen tenerlo en ti.

—¿En mí? ¡Es ridículo! Ni siquiera soy un guerrero. No domino la magia...

—Otros somos los magos —rio, burlón, Kilgan—. Necesitamos brazos fuertes. Y la fe de un pueblo en algo o en alguien. Eso bastará. Ahora, ven conmigo. Te harás cargo de Karin, aunque sea demasiado tarde...

Sí. Era demasiado tarde.

Karin Woods. Vital, llena de juventud, de atractivos físicos, de seductora belleza, de un cuerpo en su plenitud. Además, una vigorosa, inteligente y fuerte astronauta...

Recoger su cuerpo decapitado, de los sangrantes escalones del templo de las Noches sin Lunas, y descender con él hasta la base de aquella cima inmensa, altísima, perdida entre oscuros nubarrones plomizos, fue como una epopeya oscura, lúgubre y siniestra.

Ilonka, a su lado. Kilgan, presidiendo a una multitud azul, de hombres que gemían como plañideras del antiguo Egipto. Entre esos azules, el guerrero con quien luchó Darrin una vez, en el primer poblado que viera en el planeta Zor...

Karin fue sepultada. Juntos su morena y hermosa cabeza y su sinuoso cuerpo bronceado. Ilonka lloró a su amiga. Entre ellas nunca hubo celos. Hubieran sido dos perfectas compañeras en el experimento científico y biológico de Zoff Darrin. Sólo eso...

Pero al retirarse de cubrir a Karin con la tierra rojiza del suelo de Zor, Ilonka se apoyó en el brazo de Darrin con abatimiento. Le miró, patética, demudada.

—Te lo dijimos... —susurró—. No debiste confiar en Arga...

—La maldita arpía... —jadeó Darrin, apretando sus puños—. No lamento haberla aniquilado para siempre...

—No debes lamentarlo. Ni siquiera fue una mujer

lo que destruiste, sino una forma diabólica de existencia... Mucha gente de este planeta te bendice ya por ello. Yo, entre todos.

—Si sólo fuese Arga... Pero quedan monstruos feroces... Ese Reptok, el monstruo mutante... Dice el vulgo que él fue el ejecutor...

—Y lo fue —asintió lentamente Kilgan—. Reptok puede adquirir cualquier forma. Se debió transformar en fiera de afilada y centelleante lengua. Un tajo de esa lengua, como la de una cuchilla, hendió el cuello de tu amiga... Algún día chocarás con él, estoy seguro. Pero para vencerle deberás tener en tus manos la espada Wakk. Sólo así puedes aspirar a vencerle en ruda batalla...

—Otra vez esa dichosa espada...

—La necesitas. Imprescindiblemente. Ahora que Arga no existe, tienes expedito el camino. Ve al Norte. Al pueblo muskee. Trata de apoderarte de esa espada. Hazlo, extranjero.

—Sí, pero..., ¿cómo? —susurró Darrin—. No soy un guerrero. No soy un mago. Soy solamente... un hombre de la Tierra. Vulnerable, fácil de vencer por un enemigo poderoso... No sabes lo débil que puede ser un simple humano de mi mundo frente a poderes como los vuestros...

—Espera —cortó Kilgan. Alzó su mano, solemne—. Ven esta noche al más importante pueblo de la raza yesah. A nuestra capital, Quex.

—¿Qué haré en ella, Kilgan?

—Muchas cosas. Visitar mi hogar, entre otras. Conocer a nuestras gentes, aprender a ser un

superhombre de este mundo...

—Pude haberlo sido con mis armas terrestres. Mis trajes espaciales, mis armas...

—Tonterías. Nadie podrá darte nunca lo que la magia te va a dar cuando estés en la ciudad de Quex, para ir a obtener esa espada maravillosa, amigo mío...

* * *

Era una verdadera ciudad.

Quex no era grande. Ni era como podía esperarse que fuera una ciudad en el planeta Tierra. Era algo muy diferente a todo eso. Como podía ser una ciudad en la Edad Media. Murallas de piedra, callejuelas oscuras, sinuosos pasajes, tabernas y figones abiertos con raras bebidas amarillas y rosadas, carnes doradas, apetitosas de aroma, jarras de un licor parecido al vino aunque de color violeta; lupanares de hermosas hembras azules, y corralizas llenas de caballos unicornios y otras bestias lanudas, poco parecidas a las terrestres por lo general.

Bebieron aquel licor, llamado *xen*, y comieron sabrosos platos condimentados de carne de *shaway*, con pan moreno de *zehiv*. Como si fueran personajes de una vieja leyenda o romance, bajo luces de aceite aromático de *kaffy*, en mesas de tosca madera, rodeados de gente ruidosa, y servidos por mesoneros de ruda voz y modales alegres, joviales. Quex, ciudad importante, la principal del pueblo yesah, no parecía vivir la pesadilla angustiosa de los pequeños poblados, atacados con frecuencia por los zinda o los muskee, aliados principales de los brujos del Norte y del

Nordeste, auténtico símbolo de las fuerzas del mal en Zor.

Una bella mesonera de piel azul, menuda y sorprendentemente bella, de figura delicada, atractiva, suave como una estatua en porcelana o en lapislázuli, les atendió en el llamado Mesón de los Yaks, o ganaderos, según los términos de aquella rara lengua, breve y seca.

Se llamaba ella Wyza. Era amable y de melodiosa voz, aunque Darrin y su amiga Ilonka nada entendieron de sus palabras. Cuando terminaban su comida, regada con buen vino *xen*, violáceo y espumoso, Ilonka se inclinó al oído de Darrin:

—Le gustas a la chica —musitó—. A la azul y bonita Wyza...

—Tonterías —rechazó Darrin, tajante—. No hablemos ahora de esas cosas. Pensemos en lo nuestro, Ilonka. Ahora no irás a resultarme celosa, precisamente cuando estás sola...

—No sé si hubiera llegado a sentir celos de la pobre Karin —susurró, poniendo una mano firme en el brazo de él—. Lo que sí puedo asegurarte es que me gustas, Darrin. Y empiezo a sentir celos de todas las chicas bonitas que encuentras. Aunque tengan la piel azul. Sobre todo, si son tan bonitas y bien formadas como esa chica cantinera, Wyza...

—Entiendo vuestra charla —sonrió Kilgan, el mago, terciando en la conversación. Pagó al cantinero del Mesón de los Yaks, con seis monedas del metal argal, monedas que tenían un valor mediano y eran allí llamadas *kinjs*. Le devolvieron otras monedas de

cambio, de un metal parecido al cobre, que él devolvió. Y añadió, incorporándose—: Ahora es tarde ya. El viaje hasta Quex ha sido largo y fatigoso. Debemos descansar, antes de partir con el nuevo día, cuando los soles salgan por el horizonte. Pero antes, en mi casa, es preciso llevar a cabo el exorcismo.

—¿Exorcismo? —dudó Darrin—. ¿De qué clase, Kilgan? ¿Qué pretendes hacer de mí?

—No sé si será un brujo de un nuevo estilo... o un superhombre. Sea lo que sea, deseo que resulte la experiencia, y cuando emprendas tu viaje largo y peligroso a Vikr, la capital muskee del Norte, en pos de la espada..., seas el ser capaz de conquistarla, en lucha, incluso, contra el poder formidable del príncipe guerrero Azam, señor del odio y hechicero del poder exterminador.

—Así sea —suspiró Zoff Darrin, meneando la cabeza, escéptico—. Pero dudo mucho de que tus exorcismos resulten con una miserable criatura del planeta Tierra...

—No estés tan seguro del fracaso, mientras yo no inicie mi tarea... —señaló la salida del figón a las oscuras y angostas calles de Quex—. En marcha ya. Es tarde, amigos...

Le siguieron dócilmente, sin replicar.

A través de las callejuelas oscuras y calladas de Quex, se encaminaron a la vivienda de Kilgan en la capital yesah.

Allí donde el exorcismo iba a tener lugar...

Y allí se efectuó.

La fría mente de hombre de ciencia y de técnica que era Zoff Darrin, astronauta seleccionado especialmente por la Fuerza Espacial Internacional, no hubiera jamás imaginado que él podría ser testigo de algo tan asombroso, tan inaudito, tan fuera de lo normal en el supercivilizado mundo terrestre de aquellos tiempos.

Nada más lejos de cualquier ámbito técnico-científico que lo que estaba sucediendo en la vivienda de Kilgan, allá en la cima de la colina que formaba el promontorio habitado de los límites sur de la ciudad.

El mago practicaba sus ritos mágicos, en presencia de Darrin, de Ilonka... Y su magia dejaba confuso, aturdido, incrédulo, al hombre que había recorrido millones de millas del cosmos, atravesado la barrera del espacio-tiempo y la velocidad misma de la luz, en busca de otros planetas y soles, para encontrarse... con la brujería.

Allí, en un mundo medieval, extraño y fantástico, donde lo real y lo irreal jugaban un delirante juego de sorpresas constantes, de terror, de sangre, de oscuridad, de muerte y de heroísmo patético. Allí, Zoff Darrin empezó a preguntarse si todos los prodigios técnicos, si todos los avances de su ciencia orgullosa del planeta Tierra, llegarían a tener nada que les envidiase la magia. Si los poderes de unos cerebros electrónicos, unas computadoras u ordenadores, unos combustibles y unas energías nuevas, serían capaces de llegar adonde alcanzaba el poder asombroso de unos conocimientos de lo sobrenatural, de unos dones

especiales, de unos conjuros insólitos y pasmosos...

—No puedo creerlo —musitó, sintiendo en su mano recia, dura, nervuda, la fría, húmeda y estremecida de la profesora Ilonka Sadmo, convertida ahora, como él mismo, en un simple ente humano, una criatura asustada, una mujer débil y anonadada.

—Magia, Zoff... —susurró ella, temblando sutilmente, sus ojos claros muy fijos en las acciones de Kilgan, allá en su emplazamiento del fondo de la gran sala oscura salpicada de probetas, recipientes en ebullición, figuras de animales insólitos, disecados, ramajes y talismanes, adornos mágicos y toda clase de extrañas pócimas, alineadas en recipientes de vidrio, en colores sorprendentes, pasmosos—. Dios mío, en nuestros tiempos con nuestra mentalidad..., y presenciando la magia de un hombre...

—Estamos en un mundo mágico, Ilonka —respondió él, apagadamente—. Aquí, todo es posible. Todo puede suceder...

Kilgan les ordenó silencio con un susurro sibilante. Musitaba frases largas y secas, en una lengua que no parecía la de los yesah, sino otra diferente y más complicada. Ante él bullía una gran perola, con un líquido denso, burbujeante, del que brotaban vapores amarillentos, con un especial olor aromático, como de hierbas profundamente embriagadoras.

Durante sus exorcismos, Kilgan derramó algunos líquidos y hierbas dentro de la marmita en ebullición. Se cambiaron los tonos de sus vapores, las burbujas produjeron un sonido gorgoteante, sordo y profundo, y las luces mismas del fuego al cual hervía parecieron

cambiar, en su fantástica iluminación irreal del rostro del mago.

La alquimia fantástica de Kilgan proseguía como un espectáculo increíble ante sus ojos. De súbito, el mago invitó:

—Zoff Darrin, extranjero... Ven acá.

Darrin e Ilonka se miraron. No supieron qué hacer o decir. La presión de la mano de ella se hizo más fuerte.

—¿Vas a ir? —musitó ella.

—Debo hacerlo. Kilgan es un brujo, pero es amigo...

—¡Ven, extranjero! —insistió, autoritario, el mago.

Se desprendió dificultosamente de ella. Caminó, erguida su poderosa figura musculada, hacia donde aguardaba Kilgan. Como un guerrero legendario que acudiera al encuentro con su destino, en una página mitológica cualquiera...

—Aquí me tienes, Kilgan... —habló, con serenidad, él.

—Amigo mío, voy a pedirte una gran prueba de valor. Y de confianza en mí —los ojos, ardientes como carbunclos, del mago Kilgan, se clavaron en él, a través de las brumas espesas que brotaban del ardiente compuesto en ebullición. El fuego daba fantasmagórica intensidad de luces rojas y de sombras oscuras a su rostro hermético—. ¿Crees que estarás dispuesto a pasarla satisfactoriamente?

—Haré lo que pidas.

—¿Sea lo que sea?

—Sea lo que sea.

—Bien. —Kilgan resopló hondo. Luego, su voz ordenó, tajante—: Sumérgete en esa marmita.

—¿Qué? —jadeó el terrestre.

—¡No, no lo hagas! —sollozó Ilonka, demudada.

Hubo un silencio. Kilgan, impávido, señalaba con dedo rígido a la marmita hirviente.

Las burbujas estallaban ante sus ojos, en la superficie humeante del brebaje que hervía. Darrin respiró hondo.

—¿Dudas, extranjero? —sonrió Kilgan, enigmático

—. ¿Retrocedes?

—Ese líquido hierve...

—Sí, hierve. Es cierto.

—¿Debo hundirme en él... *ahora*?

—Justamente *ahora*. Es tu ocasión. Tu única ocasión.

—La única ocasión... ¿de qué?

—No preguntes. No quieras saber. Sabrás todo después. No necesitarás preguntar entonces. Pero no vaciles más. El tiempo se agota. Mi alquimia sería inútil si tardas... Soy tu amigo. Esperaba que confiases en mí.

—No, Darrin —avisó Ilonka, estremecida, yendo hacia él—. Puede no ser Kilgan. Tú sabes cómo es este mundo... Cómo es su gente, lo que pueden hacerle ver a uno, para perderle.

—Cierta mujer. Hablas como mujer, y como tal actúas —asintió Kilgan—. Si tu amigo falla, no le reprocharé nada. No será falta de valor, sino de fe. Adelante, Darrin. Elige tú ahora entre la sensatez desconfiada de tu amiga Ilonka y lo que tu sentido te

dicte. Tienes mi palabra honrada de que soy Kilgan, pero sé que eso no es suficiente. Podría engañarte; es verdad. Azam, el príncipe guerrero de las tinieblas, podría ocupar mi puesto y perderte para siempre. Juro por los dioses del bien que no es así, pero ello tampoco debe bastarte. Guíate sólo por tu instinto, por tu propia fe o tu falta de ella...

Darrin no dudó más. Avanzó otro paso. Ilonka gritó, ocultando el rostro. Darrin saltó a la marmita, sin importarle la ebullición humeante de su contenido.

El cuerpo musculoso chapoteó dentro del recipiente mágico. Un ronco grito convulso escapó de labios del hombre de la Tierra. Ilonka chilló, aterrada, echándose atrás, mirando la cabeza de Darrin, que se sumergía entre humo y burbujas...

CAPÍTULO VI

—Darrin... ¡Oh Darrin, responde! Por el amor de Dios, de nuestro Dios único y auténtico, Darrin... Dame una respuesta, dime algo...

Ilonka dejó de gemir, de pasar sus manos temblorosas, frías, húmedas de transpiración, sobre el cuerpo atlético del astronauta, tendido frente a ella, inmóvil y dormido. O acaso muerto...

Hubo un prolongado silencio. Ella se mantuvo quieta, esperando, fija su mirada en el terso rostro, apacible y en reposo. Allá al fondo de la sala, Kilgan se sumergía en sus ritos, hablando consigo mismo o con espíritus de la noche que sólo él era capaz de ver.

Lenta, muy lentamente, los ojos de Zoff Darrin se abrieron.

—¡Darrin! —gimió ella, gozosa, estremecida.

Se inclinó. Hincó sus uñas en la fuerte epidermis del hombre tendido, sobre su tórax de atleta. Besó aquellos labios, que aparecían fríos, como yertos. Un suave, tenue calor, se extendió por todo el cuerpo en reposo. Este vibró con algo como un soplo vital.

—Ilonka... —susurró él.

—Sí, Darrin —murmuró la joven de cabellos rubios—. Soy yo... Te creí muerto, perdido para siempre...

—Ilonka... —Hizo una pausa, y solamente se percibió el susurro de los exorcismos verbales de Kilgan, allá al fondo de la estancia. Humedeció sus labios firmes y carnosos. La mirada penetrante, dura y profunda, se hizo de nuevo entrañable y vivaz—. Estoy bien. Creo que estoy bien...

—Darrin, te hundiste en aquel recipiente que

hervía... Gritaste, y creí que era tu fin. Luego... dejó de hervir. Saliste de él por tu pie, como en trance..., y caíste ahí lentamente, igual que si te durmieras o estuvieras muriendo. Hasta ahora no supe si realmente vivirías... Ese mago sigue hablando para sí, sin explicar nada...

—Ilonka, me siento bien —murmuró él—. Muy bien...

Se incorporó, despacio. Alzó sus manos en el aire. Firmes, fuertes como robles. Y las agitó, sorprendido. Ilonka pestañeó.

—¿Te ocurre algo?

—No... Si algo sucede, no es desagradable... Es... es como una sensación de ingravidez. Como una claridad deslumbradora de ideas, una facilidad pasmosa para ver, para intuir todo... Ilonka, yo... yo sé lo que estás pensando en este momento...

—Darrin... —balbució ella, enrojeciendo levemente—. No es posible...

—Siento que fuera precisamente *eso* —sonrió él—. Pero lo supe. Pensabas en mí. No muy castamente, es verdad... Eso me halaga, Ilonka.

—Darrin, no puedes... leer los pensamientos ajenos.

—También leo los de Kilgan —dijo él, sorprendido. Miró al brujo—. Él está ahora pensando en el éxito de su alquimia... Él dice... dice ahora para sí... que yo..., ¡que yo soy ahora un guerrero mágico!

—¿Qué? —dudó Ilonka.

—Una especie de... de superhombre. Un guerrero wulko, le llaman aquí. Guerrero de soles del planeta

Zor. Invencible prácticamente... Bañado en la mezcla mágica de los sobrehumanos...

—Exacto, Darrin —sonó la voz de Kilgan ahora—. Eso estaba pensando. Veo que lo he logrado. No fue fácil. Nunca, antes de ahora lo intenté. Sólo nos está permitido hacerlo una vez en la vida, o nuestro poder se nos extingue en el acto.

—Pudo... pudo haber fracasado —dijo Ilonka, con reproche.

—Exacto. Pude haber fracasado, sí —convino Kilgan—. Pero tenía que probarlo. Él no era apenas nadie, en este mundo de hechizos y poderes ocultos... Y, sin embargo, yo confiaba en él. Tengo fe en él. No debía dejar perder la oportunidad. La profecía de la espada Wakk debe cumplirse. Ya hay un poderoso señor de otros mundos dispuesto a su conquista. Está bañado en el hirviente líquido de los guerreros wulkos del pasado. De los que hablan los textos históricos y proféticos de Miziam... No llegué a conocerlos. Murieron víctimas de su propia soberbia. Pero si se obra en defensa del bien, sin sentirse superior a nadie, se sobrevive y se es invencible...

—¿Yo soy invencible ahora? —dudó Darrin.

—Así está escrito en la alquimia de Zor. Puedes perecer, pero si pones toda tu fe y tu afán en tu esfuerzo, nadie podrá abatirte. Está escrito. Zoff Darrin, ojalá sea para bien lo que hice, y los dioses estén a tu lado, para el triunfo final de la justicia sobre nuestro pobre y sufrido mundo...

—En lo que de mí dependa, te prometo que así será —convino Darrin, con sencillez.

Y avanzó hasta donde colgaba una espada ancha, sólida, de maciza hoja de acero, en el muro de la vivienda de Kilgan. Tomó el arma entre sus manos. Aferró la hoja centelleante, afilada. La dobló como si fuese de goma suave, ante el estupor de Ilonka. Tiró el arma a sus pies, hecha una curva.

—Magnífico, Darrin —aprobó Kilgan—. Lo logré. Te di la fuerza superior que pretendía. Esto, Darrin, puede lograrlo acaso tu ciencia, pero lo dudo. En cambio, nos está permitido a los brujos de Zor...

Zoff Darrin nada comentó. Incluyó la cabeza, contemplando con pasmo el resultado de su propia hazaña. Sacudió la cabeza.

—Cuando se poseen dones así, deben utilizarse siempre para el bien —dijo—. O uno ha de ser exterminado como un reptil venenoso...

—En nombre de esa conciencia tuya actúe así. Sé que todo será para bien, Darrin. Mucha suerte, hijo. Ahora ve a descansar con tu muchacha, la rubia Ilonka. Mañana, con el alba, cuando los soles asomen en el horizonte, iniciaréis el viaje hacia Vikr, capital del pueblo muskee, al norte de nuestro planeta...

—Sí. —Darrin rodeó con su brazo poderoso, de guerrero wulko, los hombros de Ilonka—. Es hora ya del reposo...

—Subid —señaló una escalera—. Arriba hay aposentos. Que la paz de los dioses benignos sea con vosotros por esta noche...

Estaba escrito, sin duda, que no había de ser así. Porque cuando Darrin e Ilonka, estrechamente abrazados, iniciaban el ascenso de los escalones, hacia

el aposento donde debían pasar su primera noche de vida en común, estalló la puerta de recias tablas en mil pedazos, bajo el impacto de un tremendo ariete de metal, que desgajó la hoja, penetrando en la estancia.

Y con el ariete, docenas y docenas de hombres de roja piel, de rubio cabello lacio, de rostros cárdenos y furiosos. Esgrimían armas de todo tipo, desde hachas de doble filo hasta espadas, lanzas y porras. Invadieron la sala, atacando a Kilgan. Subieron hacia la escalera, donde Darrin se había vuelto, poniéndose de un salto entre la horda rojiza y la rubia Ilonka, erguido y en tensión su arrogante cuerpo, que ahora brillaba, más musculoso que nunca, como el de un auténtico y legendario guerrero wulko del planeta Zor...

— ¡Los zindas del Noroeste! —aulló Kilgan—. ¡Han invadido la ciudad de Quex!...

Afuera estalló una formidable barahúnda de alaridos, explosiones, fuego y violencia. Hasta una docena de zindas se precipitó sobre Darrin, en tanto otro grupo numeroso acosaba a Kilgan.

* * *

Darrin actuó.

Y su modo de hacerlo dejó estupefacta a Ilonka. Jamás hubiera imaginado que él tuviera tal modo de luchar, por mucha que fuera la prodigiosa capacidad de los brebajes del mago Kilgan.

Darrin adelantó sus brazos. Tomó a los dos primeros enemigos por sus cuellos, y los hizo chocar entre sí, brutalmente. Sus cabezas crujieron como

frutos maduros. Al caer, sus cráneos aparecían bañados en sangre, sus rostros rígidos por la muerte.

Otros dos zindas volaron por los aires como simples plumas, descargando su peso sobre los demás y derribando a varios. Las manos de Darrin chocaron como moles de piedra, desgarrando mandíbulas con crujido violento. Los cuerpos rojizos saltaron acá y allá, movidos por los furibundos impulsos de aquella mole musculada que era ahora el gran guerrero legendario creado por la alquimia de Kilgan sobre la figura humana de Darrin.

Eran como pequeñas alimañas, cercenadas por un poder mortífero. En menos de diez segundos, la docena de zindas yacía por toda la sala, desparramados sus cuerpos. Los demás, dejando a Kilgan, que se defendía con una espada y un hacha, desesperadamente, corrieron a rodear al temible guerrero enemigo que tal destrozo causaba en sus filas. Dos hachas volaron hacia Darrin, lanzadas violentamente por las manos de los rubios enemigos de los guerreros azules del pueblo yesah.

Darrin adelantó sus manos extendidas. Aferró al vuelo ambas hachas. Y las disparó contra sus propietarios. Fueron dos mazazos secos, que hendieron las cabezas respectivas, derribando los cuerpos, en un baño sangriento.

Avanzó Darrin, causando el pavor en los presentes. Kilgan seguía defendiendo su posición. Darrin le oyó jadear, agobiado:

—No puedo recurrir a mis artes, Zoff... Cuando uno practica una alquimia como la de esta noche, deja

de ser poderoso durante una fecha entera... Soy un hombre más, no un hechicero. Al menos, en estos malditos momentos, amigo mío...

Darrin asintió, descargándole de enemigos. Sus manos macizas se dispararon, alcanzando a varios adversarios. Los zarandéó y estrelló contra los muros, como si fuesen monigotes sin peso ni fuerza.

Su devastadora contundencia era increíble. Ilonka, incrédula, asistía a aquel alarde, entre dos docenas de seres armados, incapaces de vulnerar su poder.

Los zindas, asustados, echaron a correr hacia la calle en desbandada. Darrin les siguió. En el exterior, la masa invasora de la ciudad de Quex era como un hormiguero. Surgían por doquier, y los azules cuerpos de los infortunados habitantes, yacían ya por todas partes, sobre su propia sangre.

Eso enfureció al actual superhombre. Darrin cargó contra un alud de enemigos. Fue pavoroso verle penetrar, como un cuchillo en manteca tierna, desgarrando filas enteras de adversarios, arrojando armas afiladas lejos de sus dueños, triturando cabezas y abatiendo cuerpos, con sus solas manos como armas.

Gritos agudos, supersticiosos, corrieron por doquier. La desbandada se iniciaba. Pero no abandonarían la ciudad. Eran demasiados para hacer tal cosa. Sencillamente, huían de su temible enemigo, aquel ser invencible y virulento llamado Zoff Darrin.

Inesperadamente, Darrin captó un grito agudo a sus espaldas:

—¡Zoff, socorro! ¡Ayúdame, por Dios...!

Se volvió, rotundo, decidido. Corrió de nuevo a la

entrada de la casa de Kilgan.

Ya era tarde.

Se llevaban a Ilonka. Entre una media docena de guerreros rojos. Al menos dos docenas de ellos apretaban filas, lanza en ristre delante de ella y de Kilgan, que era también llevado en volandas, sangrante e inerte, y cerraban el paso a Darrin.

Pese a ello, Zoff corrió directamente hacia el grupo. Dobló las primeras lanzas, recibió en su cuerpo impactos de lanza que no lograron producirle sino rasguños en una piel que parecía acero embadurnado de grasa, ya que resbalaban las puntas de metal afilado sobre él, sin dañarle, y así fue abriéndose paso entre la masa de combatientes. Pero éstos eran demasiado. E Ilonka y Kilgan estaban cada vez más lejos.

Vio caballos unicornios de crin rayada, que coceaban, impacientes, formando grupos nutridos. Jinetes de piel cárdena y pelo rubio, subieron a lomos de ellos. Ilonka y el mago, en su poder aún. Darrin hizo un esfuerzo supremo. Pero inútil, porque logró abatir la última fila de guerreros de piel cobriza... para enfrentarse a otra masa que brotó de una calleja vecina con sus armas tintas en sangre yesah, cerrándole el acceso a los animales, lanzados ya al galope.

—¡Ilonka, no! —aulló el superguerrero con rabia, con impotente poder—. ¡Ilonka, Kilgan, esperad! ¡No pueden arrancaros de aquí, dejarme solo en este maldito mundo que no conozco! ¡Ilonka!...

El grito agudo de ella se perdió en la lejanía, entre

redoble de patas sin herrar, duras y rápidas, y relinchos de extrañas cabalgaduras de la fauna sorprendente de Zor.

El guerrero sobrehumano luchaba y luchaba, pero le era imposible ir más de prisa que unas monturas. Cuando llegó a los límites de la ciudad de Quex, ya las cabalgaduras, sus jinetes y los dos seres raptados, estaban lejos, muy lejos, imposibles de ver en el oscuro horizonte, allá bajo las nubladas lunas de la torva noche de Zor.

Regresó lenta, cansadamente, a la ciudad yesah. Había muchas víctimas en sus calles, pero esta vez de ambos bandos. Y los zindas se habían retirado en fuga, al reagruparse los azules yaseh, espoleados por la acción devastadora de Darrin.

Un clamor de triunfo, gritos y hurras al héroe, en el sonido gutural del lenguaje yaseh, acogieron su lento, vencido caminar. Ni siquiera les miró o agradeció aquellas colectivas muestras de júbilo y entusiasmo.

—¿De qué me sirve ser invencible, si no puedo ser raudo como el viento y demoledor como la tempestad? —masculó para sí, furioso.

Los gritos ininteligibles se repetían en torno suyo. Pero ahora entendía todo cuanto ellos hablaban. Leía pensamientos, sabía lo que quería decir cada sílaba de su lenguaje. Era otro de sus actuales poderes. Se lo debía a Kilgan todo. Y no podía hacer nada por él. Ni siquiera sabía adónde se lo habrían llevado, junto con Ilonka, o cuál sería el destino de ambos prisioneros. Ni si vivían aún...

Anonadado, furioso, vencido, se dejó caer en una esquina, sentándose en un poyo de piedra, sin hacer caso al clamor popular del pueblo de piel azul, que le aclamaba ya como a su líder indiscutible, su caudillo supremo.

CAPÍTULO VII

Muchos soles y muchas lunas vieron el caminar lento e impávido del guerrero.

El hombre convertido en luchador, en combatiente sobrehumano, avanzaba inexorablemente, incansable, inabordable por la fatiga o el desaliento.

Era una lenta lucha, acaso por algo ya perdido, como eran las vidas de los cautivos de los soldados violentos del pueblo zinda. Pero era una lucha. Y aunque todo se hubiera perdido ya, quedaba la venganza.

Y la venganza era un placer demasiado grande y apetecible para renunciar a él. Deseaba devolver golpe por golpe a los eternos invasores, a los bárbaros guerreros del Norte, ávidos de conquista, de sangre, de odio y de muerte.

Viajaba solo. Solo, con aquel caballo unicornio, de crin rayada, de pelo hirsuto, de fuertes patas veloces.

Con el caballo extraño de Zor, atravesó los yermos y los páramos, los bosques y los pantanos, las montañas y los lagos de extraña agua verde oscura, salobre y espesa.

Siempre hacia el Norte. Siempre en la misma inmutable dirección. Siempre adelante, siempre moviéndose bajo los soles y lunas del planeta, en los días ardientes y en las noches frías. Arrancando alimentos del suelo fértil o cazando animales comestibles cuando pisaba lo estéril.

Como si conociera de siglos aquel mundo extraño y hostil. Sin inquietarse por nada, sin sentir dolor ni fatiga, hambre ni sed. Solamente como un coloso.

Moviéndose, moviéndose siempre, jornada a jornada, trecho a trecho. Cada vez más cerca de su objetivo...

Finalmente, una cadena montañosa, áspera y llena de bosques, cerró el horizonte ante él. Un suelo pantanoso, de líquenes y musgos abundantes, con olor a humedad y a moho, le dificultó en su implacable avance.

El siguió adelante. Moviéndose siempre, pese a las dificultades del terreno. Se cruzó con estacas clavadas en la tierra. Y en ellas, rematándolas, cabezas descarnadas, esqueletos de animales y de humanoides. La bárbara presencia de guerreros sanguinarios era evidente. Aquél era el aviso.

Estaba entrando en tierras del Norte. En territorio zinda.

No se arredró por ello. No se volvió atrás. Siguió cabalgando, moviéndose hacia el interior, a través de los bosques de arboledas grises y torvas, de senderos perdidos entre hierbajos parduzcos, sin clorofila, sin verdor alguno.

Zoff Darrin escudriñó la distancia. Si alguien le hubiera visto en esos momentos a lomos de un animal extraño, brillando al sol su pelo rubio oscuro, bronceada la figura hasta adquirir una tonalidad intensa, causada por los fuertes soles y las lunas, que curtían su cuerpo semidesnudo, alto y poderoso, más atlético y nervudo que nunca.

Darrin siguió adelante cuando descubrió los primeros indicios de la ciudad. La gran ciudad salvaje de los zindas, con sus empalizadas y sus troneras, sus atalayas y sus torres de troncos y madera.

Pueblo invasor y violento. Pueblo de guerreros y conquistadores. Más allá, las brumas del Norte ocultaban los mares boreales. Se lo habían dicho gentes de los caminos, y él había entendido el lenguaje de los nómadas. Allá, en esos mares, encontraría al pueblo más norteño. A los muskees. Y con ellos, la espada.

Pero antes estaban los zindas. Y posiblemente Ilonka. Y Kilgan *el Mago*...

Tal vez estaban muertos los dos. Tal vez. Pero ellos pagarían esas muertes. Con mil vidas o más. Darrin, el guerrero invencible, estaba allí ahora. Iba a ajustar cuentas. Nadie podría impedirse. Ni tan siquiera la barbarie feroz de los zindas, guerreros y aniquiladores.

Ni aun ellos...

Se detuvo a la puerta de la empalizada. Entraban gentes con pieles y productos para la venta o el cambio. Era día de mercado en la ciudad zinda. Buen pretexto para entrar sin ser advertido. Ciertamente que los zindas habrían hablado ya del poderoso guerrero de piel de bronce, llegado de otros mundos y a quien era imposible vencer. Pero, ¿quién pensaría que ese hombre fantástico podía estar allí ya?

Ellos eran también altos y fuertes, aunque no tanto como él. Darrin se encorvó, y cubrió su corpachón musculoso con pieles hurtadas de un carromato tirado por bueyes blancos, de cornamenta como los ciervos, aunque brillante y blanca.

Entró en la ciudad, mezclado con muchos mercaderes zindas. Se confundió entre los puestos y tenderetes. Le ofrecían cosas diversas, le reclamaban

los vendedores, y a todos respondía negativamente, haciendo ver, por señas, que era mudo por completo. Entendía bien cuanto le decían. Para eso servían ahora sus dotes mágicas de lector de ajenos pensamientos, pero eso era todo. Él no podía hablar la lengua de ninguno de ellos, porque la desconocía en absoluto.

Se detuvo frente a una gran explanada llena de vendedores. En medio había un estrado de troncos, y encima de él, luchaban furiosamente dos zindas entre sí, con armas primero, desnudas sus manos luego, al desarmarse mutuamente.

Los cuerpos rojos, sudorosos, goteaban sangre por mil heridas. Siguieron luchando ferozmente. Se mordieron y arañaron hasta aniquilarse mutuamente. Cuando cayeron, extenuados, el que tenía más fuerzas recuperó su cuchillo sangrante, cortó la cabeza del enemigo, la exhibió como un trofeo horrendo, y luego se desplomó, también vencido por su fatiga.

Subieron otros luchadores luego para continuar la bárbara diversión. Aquel deporte salvaje animaba a curiosos, compradores y vendedores, que formaban corro y apostaban entre sí monedas y mercancías. Darrin contempló la escena, perplejo, pero inexpresivo. Rodeando a cuantos presenciaban la pugna, se encaminó a un mesón donde servían bebidas y alimentos.

Comió y bebió algo. Luego, pagó con unas monedas hurtadas en el mercado poco antes. Regresó a la explanada, lentamente.

Las luchas habían terminado. Ahora un alto y fuerte zinda, con larga barba rizada, dorada,

anunciaba algo a voces. Los demás aclamaban, jubilosos. El anunciador, pisoteando sin inmutarse la sangre de los vencidos, mientras retiraban cadáveres y cabezas cortadas, siguió su retahíla.

Darrin no entendía aquella lengua, pero se concentró en los pensamientos del anunciador. Sufrió una terrible convulsión.

¡Iban a ejecutar públicamente a un hechicero del Sur!

Recordó a Kilgan. Sí, era él, sin duda. No mencionaron nada en absoluto sobre ella, Ilonka. La gente berreó, feliz, al saber que iban a darles el goce inesperado de una ejecución pública.

Darrin respiró hondo. Su torso se hinchó, bajo las pieles. Apretó los puños. Esperó, la vista fija en la plataforma sangrienta.

Trajerón al reo.

Era Kilgan, sí. Desaseado, triste, abatido, con su melena blanca rapada, semidesnudo, azotado, sangrante, débil, cojeando ostensiblemente, zarandeado, escupido y golpeado por una horda de jovenzuelos zindas, ávidos de ser algún día tan bestiales y crueles como sus mayores.

Esperó Darrin. Tranquilo frío sereno. La vista penetrante, fija en el reo a muerte. Subió a la plataforma el que, sin duda, iba a ser el verdugo. Darrin apretó sus labios en un rictus de ira.

De no haber estado él allí, tan providencialmente, la suerte de Kilgan no sería por cierto muy envidiable. El verdugo iba a utilizar un modo de muerte realmente estremecedor y doloroso.

Su mano empuñaba férreamente un instrumento auténticamente medieval en la Tierra. Muy similar a viejas armas de tortura. Un mango de fuerte fibra, una cadena... y en su extremidad, en vez de una esfera de hierro con pinchos, una especie de rastrillo o peine de hierro, con seis púas curvas, afiladas, punzantes.

Cada golpe de aquella arma llenaría de profundos zarpazos la piel de la víctima, hasta desgarrarla totalmente, con lentitud trágica y dolorosa, haciendo del cuerpo un auténtico guñapo sangrante.

Kilgan fue puesto de rodillas ante el verdugo. Sus manos, atadas a la espalda, nada podrían hacer por impedir la cruel tortura hasta la muerte. Hubo gritos entusiastas en la plaza. Darrin tensó sus músculos. Pidió mentalmente a todos los dioses del planeta Zor que no fallaran sus pretendidas fuerzas de superhombre en la actualidad. No ahora, por cierto.

Hubo un silencio. Se apagaron los murmullos. El verdugo rio, inclinándose sobre Kilgan. Levantó el arma para empezar a descargarla sobre la víctima... Darrin saltó al estrado de madera entonces.

* * *

Fue como un enorme felino, en un brinco elástico y poderoso. Pisó con fuerza las tablas ensangrentadas del estrado de juegos brutales. Cayó junto al verdugo. Kilgan le miró, aturdido, débil, incrédulo casi.

—¡Zoff Darrin! —gritó con voz ahogada.

Darrin no respondió al mago. En vez de eso, cayó sobre el verdugo. Le bastó eludir el impacto del arma afilada, dirigida ahora a él. Tras un momento de

estupor, la multitud había empezado a rugir, presintiendo un número no previsto tampoco en el programa.

Darrin arrancó al verdugo el arma, apenas silbó ésta en el aire, rozándole sin causarle el menor rasguño. Luego, con ella en su mano poderosa, la descargó una sola vez contra el zinda. Este sufrió el impacto más brutal y tremendo que jamás imaginara nadie.

En vez de mostrar seis surcos sangrantes en su rostro y tórax, aquél y éste aparecieron hendidos como por seis hachazos profundos. Cayó al suelo, entre un baño escarlata, con un estertor horrible en los destrozados labios.

El estupor dejó inmóvil a todos. Nunca nadie vio manejar aquella arma con tal fuerza que pudiera, virtualmente, partir a trozos a un ser humano, con seis tajos desgarradores. Ahora lo habían visto todos.

Hubo un clamor de ira por aquel desenlace inesperado. Saltaron varios zindas, fuertes y poderosos, al estrado de ejecuciones. Darrin cargó contra ellos con el arma.

Seis cabezas quedaron trituradas por el golpe repetido y vertiginoso, que alcanzó a otros tantos hombres, lanzando sus cuerpos convulsos contra la multitud.

Alguien arrojó contra Darrin una poderosa hacha de dos filos, enorme y demoledora.

La paró con el arma de pinchos, en el aire, y volteó, devolviéndola contra la multitud. Un mozalbete gritón y feroz, se cubrió la cara hendida,

cayendo entre espasmos. La gente, excitada ya, se apresuró a correr hacia el estrado. Era una multitud, dispuesta a machacar virtualmente al guerrero solitario, que con su corpachón increíblemente atlético incluso para aquella fuerte raza nórdica, cubría al estremecido Kilgan para evitarle cualquier herida mortal, entre él, el cadáver del verdugo, y el tronco voluminoso que emergía de un ángulo del recuadro de la plataforma, y donde acostumbraban a clavar la cabeza decapitada los combatientes feroces de antes.

Zoff Darrin los esperó a todos a pie firme. Luego, su cuerpo se tornó un vertiginoso torbellino de golpes, de impactos, de patadas, de rodillazos, de secos puñetazos y virulentos mazazos del arma de hierro.

Parecía imposible, pero un cerco de cuerpos sangrantes le rodeó pronto. Arrojaron sobre él lanzas y espadas. Rebotaron en sus brazos, sin herirle apenas, y se clavaban en torno, como si algo sobrenatural le protegiera.

Cuando hubo aniquilado al menos a la tercera decena de enemigos, un silencio impresionante se hizo en el mercado. La gente retrocedió ante él. Alguien dijo unas palabras, y éstas fueron repetidas de boca en boca.

—Dicen que eres un dios —habló roncamente Kilgan—. No entienden tu poder...

Darrin no dijo nada. En vez de eso, arrojó al suelo el arma de hierro. Elevó sus brazos al aire, lanzando un grito fuerte y estridente de desafío. Todos retrocedieron, asustados ante aquella bárbara estampa de poder y de fuerza. Sangre enemiga salpicaba el

cuerpo brillante, musculoso, atlético y magnífico.

Lenta, calladamente, las gentes se postraron ante él, inclinando sus cabezas. Hubo una insólita y medrosa paz en torno, haciendo enmudecer a los feroces zindas, por vez primera domeñados. Y por un solo hombre.

—Es el gran guerrero wulko que resucitó —dijo lentamente la voz de Kilgan a la multitud—. El superhombre que va a conquistar la espada Wakk en Vikr, la capital del Norte. Nada ni nadie puede detenerle, zindas. Ya lo visteis vosotros mismos.

Siguió el silencio. Darrin cortó las ligaduras del mago. Nadie se opuso a ello. Ni tampoco a que bajaran del estado. Se movieron hacia la cantina. Los ojos les siguieron, incrédulos.

—¿Dónde está Ilonka? —preguntó Darrin, cortante.

—No lo sé —musitó Kilgan—. Se la llevaron.

—¿Quiénes?

—Los muskees.

—¿Qué? —pestañeó Darrin—. ¿Los guerreros de pelo plateado, los nórdicos?

—Eso es. Ellos tienen a Ilonka. No sé ya si viva... o muerta.

—¿Cómo ocurrió? Vosotros dos fuisteis hechos prisioneros a la vez...

—Sí. Eso sucedió en Quex aquella noche, Darrin —suspiró el mago—. Nos trajeron aquí pensando ejecutarlos o vendernos como esclavos, no sé aún. Ella pronto fue solicitada por unos viajeros muskees. Pagaron mucho por ella. Se la llevaron en uno de sus malditos barcos, a través del mar Tenebroso del Norte,

hacia la tierra boreal donde se alza Vikr, su capital.

—¿Para qué pueden querer a Ilonka los muskees?
¿Cuáles son sus costumbres, Kilgan?

Se acomodaron en una mesa. Todos les miraban, respetuosos, amedrentados. Unos cantineros acudieron a servirles. El respeto era auténtico temor supersticioso.

—No acostumbran a querer mujeres de otras razas. Ellos se consideran más hermosos que nadie. Me sorprendió su interés por ella. Luego pensé...

—¿Qué?

—No, nada. Prefiero no insistir en esa idea. Sería demasiado horrible.

—Adelante, Kilgan. Dime lo que sea, por malo que resulte.

—Después de lo de Karin, me horroriza pensar que...

—Termina de una vez. ¿Qué temes?

—Que aquellos muskees fuesen servidores de Azam, el príncipe guerrero del mal.

—¿Azam?

—Sí. El protegido de los dioses del mal. Mago y guerrero de gran poder. Ya te dije que su pueblo predilecto es el feroz y perverso pueblo muskee. A ellos donó la espada Wakk. Y ante esa espada, muchas veces, Azam realiza sacrificios, hundiendo la gran espada en el corazón de las víctimas elegidas para satisfacer a la diosa Galea, a Kloo, Muerte de las tinieblas, y a Krah, el dios de las Sombras Malignas.

—Cielos... —tembló Darrin—. ¿Eso puede suceder en Vikr?

—Eso puede suceder allí, si hay algún rito especial que yo ignoro. Es la única explicación al interés muskee por Ilonka.

—¿Podemos llegar a tiempo de salvarla?

—No puedo saberlo. Tendremos que ir por medios normales. Yo... yo perdí mis atribuciones de mago...

—Empezaba a sospecharlo así; en cuanto te vi prisionero, incapaz de defenderte o de huir de esta ciudad... temí que ése fuera el caso. ¿Cómo ocurrió?

—Recuerda que debilité mi poder en Quex, aquella noche, con los ritos de alquimia para convertirte en un invencible guerrero wulko. Lo logré a costa de mi debilidad mágica. Y entonces me sorprendieron, apresándome. Supieron quién era, se dieron cuenta de mi situación... y me raptaron, dándome un brebaje, una poción mágica de sus hechiceros. No es difícil, sorprendiendo a un brujo en postración, reducirle a la impotencia de modo definitivo o poco menos. Basta esa pócima... y cortar hasta el último cabello.

—No lo entiendo muy bien, pero imagino que así son las cosas de la magia —refunfuñó Darrin, ceñudo. Miró a la calle, donde aún las gentes le contemplaban con asustada adoración—. Siento que por mi culpa le suceda eso, Kilgan. Pero ya que nada puedo hacer para remediar ese mal, deja que vaya ahora a Vikr, a tratar de obtener la espada... y a rescatar a Ilonka, si ello es posible aún.

—Iré contigo.

—¿Tú? —dudó Darrin—. No siendo un mago, poco podrás hacer...

—Pero conozco Vikr, conozco a los muskees, y sé

cosas que pueden serte muy útiles en esas tierras del Norte. También sería posible que, si vencieras a Azam, alcanzando la espada, tu propio poder me devolviese las atribuciones superiores que yo perdí. Debo intentarlo cuando menos. Tampoco seré para ti un estorbo, Darrin.

—Claro que no, Kilgan —apoyó una fuerte mano en el hombro del mago, con energía—. Desde que llegamos a este planeta has sido mi primer y único amigo. Iremos juntos a la capital del Norte. ¿Crees que obtendremos una embarcación para ese viaje?

—Estoy seguro de ello, Darrin. Esta gente, de por sí tan hostil y violenta, está a tu servicio. Te temen y te adoran como a un dios. Aprovecha esa autoridad y exige que te den cuanto necesitas. No creo que te lo nieguen.

CAPÍTULO VIII

Kilgan tuvo razón.

No hubo dificultades. Los zindas, atemorizados y respetuosos con el poderoso guerrero llegado de otros mundos, pusieron a su disposición cuanto tenían.

Una pequeña embarcación movida a vela, se adentró en el mar Tenebroso, océano de oscuras y procelosas aguas, movido por vientos huracanados y gélidos. A su impulso, la nave se movió hacia el punto más septentrional hendiendo las aguas sombrías de aquel mar ignoto.

—Si los vientos siguen soplando así, alcanzaremos Vikr en pocas jornadas de navegación —dijo Kilgan, risueño. Miró al cielo encapotado, lúgubre—. Y parece que así será, aunque por el camino nos sorprenda alguna tempestad... Son frecuentes en estas latitudes...

También en eso estuvo acertado. El conocía bien aquel planeta.

El temporal estalló al caer la noche. Una noche oscura, sin lunas de viento ululante, enfurecido y relampagueos lívidos de un matiz azul intenso, allá en los cielos atormentados del Norte. Temblaba todo el maderamen de la embarcación a vela, sacudido por los estruendos de la tempestad.

Pero salvaron con acierto el nuevo escollo que les oponía la violenta naturaleza local, y un día apacible y sereno, aunque con fresca brisa favorable, siguió a la tempestuosa noche en el oscuro mar.

Todo parecía sonreírles hasta entonces. Sólo que Darrin no se fiaba. Sabía que se enfrentaba a algo más que simples guerreros y pueblos feroces. Su lucha era

contra poderes de las tinieblas, contra hechicerías y brujos de un planeta en el que la única ciencia era la magia, y donde los dioses y los semidioses del Mal, eran tan abundantes como fuertes.

Cuando avistaron las costas y en ellas las edificaciones multicolores y extrañas de Vikr, la capital del Norte, supo Darrin que llegaban al momento supremo de su aventura insólita en los lejanos astros del universo.

Acaso al instante en que la vida y la muerte dependían de muy poca cosa. De algo insignificante y, desde luego, desconocido...

* * *

Vikr, la capital del Norte. El centro de los muskees, esbeltos, pálidos y de pelo plateado y rizado. Ojos glaucos casi, facciones amorfas y rosadas. Extraños, fríos, distantes, crueles y graves.

Así le pareció a Darrin aquel extraño pueblo nórdico, de capital brillante de color, acaso como contraste en medio de hielos, campos grisáceos y cielos nubosos y tristes. Casas policromadas, de un material liviano, parecido al mimbre, pero dotado de poder calorífero. Las bebidas eran fuertes y ásperas, la comida picante y pesada.

Había viajeros de muchas latitudes de Zor. Por ello pasaron desapercibidos ambos, al mezclarse con los viajeros, en el distrito comercial, cercano a los muelles del mar Tenebroso. Abundaban los alojamientos y figones. La gente hablaba poco, utilizando una rara lengua seca, acerada, inexpresiva.

—Me desagrada este ambiente —dijo Kilgan.

—También a mí. Además, me preocupa.

—Te entiendo —suspiró el mago—. Se respira el peligro.

—Sí. La gente mira de modo raro, inquietante. Parece leer los pensamientos.

—Pero tú eres el único capaz de ello. ¿Qué conclusiones sacas?

—Están en fiestas. O en vísperas de ellas. Esperan algo grande, sin duda.

—Ojalá no sea lo que me temo.

—¿El sacrificio?

—Las Fiestas del Mal. El aniversario del poder supremo del odio y el exterminio, concedido por la diosa Galea a su predilecto, el príncipe guerrero Azam. Es lo mismo. En fechas así, hay sacrificios. Más de uno. Como mínimo una mujer, un hombre, un niño y un animal macho y otro hembra. Es el ritual.

—Una mujer... Podría ser Ilonka.

—Sí, podría ser ella. ¿Qué piensas hacer, Darrin?

—Aún no lo sé. Pero no me quedaré cruzado de brazos.

—Cuidado. Esta gente no son los yesah o los zinda. No creen en otra divinidad que no sea la de Galea y su amado protegido, Azam. No te aceptarán por superior, ni aunque aplastes a cien o a mil de ellos. Seguirán atacándote, hasta destruirte. No eres invulnerable, Darrin. Solamente poderoso en grado sobrehumano. Pero todo tiene su límite. Incluso tú.

—De todos modos, debo arriesgarlo todo. Aún puedes irte de Vikr, Kilgan.

—No lo haría por nada del mundo, amigo mío —sonrió el mago, meneando negativamente su rapada cabeza—. No te dejaré solo en esto.

—Lo sabía —suspiró Darrin, con una sonrisa de amistad y fraternidad—. ¿Dónde está el lugar de sacrificios?

—Naturalmente, donde está la espada.

—Y ese lugar es...

—La Cumbre Negra —informó con un estremecimiento Kilgan.

—¿Qué es la Cumbre Negra?

—El centro mismo del mal sobre el planeta Zor. Una montaña cercana a Vikr. Su acceso lo guardan toda clase de criaturas horribles y de exorcismos atroces. Quien se atreva a subir sus laderas, hacia el altar de la espada, no sabe lo que hace y... ¡Eh, cuidado!

Se inclinaron. Un personaje acababa de entrar en la cantina donde comían. Miró en torno. Luego, adhirió algo a un muro. La gente se agolpó a leer el mensaje escrito con raros caracteres. El extraño en el figón volvió a salir. Darrin había observado que era diferente a los demás. Vestía una negra armadura con yelmo. Llevaba espada negra, y negro era su mechón de plumas en el yelmo. Había vislumbrado apenas un rostro diabólico, amarillo y cruel.

—¿Quién era? —musitó.

—Un servidor de la escolta personal de Azam, el príncipe guerrero de las tinieblas —explicó roncamente Kilgan—. Una raza extraña y casi extinguida, de feroces aniquiladores. Su cuerpo es casi

animal, cubierto de vello amarillento. Su armadura es el uniforme de la guardia de Azam...

—¿Sabrás leer lo que puso ahí?

—Si es lenguaje muskee vulgar, sí.

Se acercó al cartel. Leyó. Cuando volvió a la mesa estaba lívido. Darrin le miró, con sorpresa.

—¿Ocurre algo? —indagó.

—Lo peor —siseó él ahogadamente—. Estaba en lo cierto. Es la fiesta negra de Azam. Hay sacrificios mañana. En la Cumbre Negra.

—Bien, eso lo temíamos ya. No debemos impresionarnos por ello. Tal vez sea la forma de que Ilonka esté aún viva...

—Sí, ¿y de qué servirá eso? ¿De qué servirá también de que, disimuladamente, puedas salvar la guardia mañana, y subir con la multitud a la Cumbre Negra sin ser molestado? Una vez allí, nada podrás contra Azam.

—¿Por qué? Creí que el ser ahora un guerrero wulko, un superdotado físicamente, me serviría de algo...

—No en este caso —señaló el cartel—. Lo dice allí, Darrin. Azam se trae, para esta celebración, a su siervo leal e invencible. ¡A Reptok, el monstruo mutante de las mil formas, que será quien realice los sacrificios horrendos de mañana!...

—Reptok... El que destruyó a Karin... —recordó Zoff, con ojos centelleantes.

—Sí, pero no pienses en la revancha. Reptok es un ente sobrehumano y supernatural. Mitad bestia, mitad hombre. Dotado de la facultad de cambiar de aspecto,

de convertirse en lo que desee, de multiplicarse, de adquirir la fuerza de un ejército... No tienes nada a hacer frente a él, Darrin. Se perdió la batalla. Ilonka no podrá ser salvada. Ni tú obtendrás a tiempo esa espada...

Zoff Darrin puso un gesto duro, diamantino.

—Eso está aún por ver —dijo con frialdad—. Pese a todo, Kilgan, voy a intentarlo...

—¡No, no lo hagas!

—Mañana lo verás. Para bien o para mal lo haré.

* * *

Lo hizo.

Ocurrió en la misma cima de la Cumbre Negra. Ante el espantoso altar de sacrificios, rodeado de picachos helados, en medio del gélido viento del Norte que azotaba la altura, agitando las negras ropas de Azam, príncipe guerrero del odio y de las tinieblas.

Azam, todo él de piel negra, oscura, pero sin facciones como los negros terrestres, sino sorprendentemente delgado, de afilada nariz, de ojos cárdenos, de boca delgada y prieta. Una máscara de crueldad en ébano vivo, dentro de un uniforme de metal, también negro intenso. Su casco plateado, lucía los signos cabalísticos del mal.

Hizo la invocación, ante la multitud muskee, apiñada en torno, medrosa e impresionada ante su príncipe de la oscuridad, señor del mal y del odio.

Luego, dio paso a Reptok.

Reptok era horrible. Al menos en su forma primitiva, tal como surgió en la boca de una cavidad

negra, sin luces, acercándose a la enorme piedra oval en donde yacían varios seres muskees y de otras razas, esperando el sacrificio. Ilonka, la rubia, asustada, débil y vencida Ilonka, entre ellos...

Reptok miembro de una fauna semihumana, extinguida ya por fortuna en los pantanosos dédalos del Sur del planeta, según contara Kilgan, era un monstruo alucinante.

Cuerpo de hombre, piernas gelatinosas y fofas, que se arrastraban por el suelo, zarpas velludas como manos, rostro alargado, oval, deforme, sin cabellos, con ojos inexistentes, en una faz ciega, abominable, blanda y abultada en la que vibraban dos antenas similares a las de las hormigas terrestres.

Babeaba, arrastrándose hacia sus víctimas. Por el camino hizo tres o cuatro mutaciones, desde reptil o bestia enorme, de color rojo, regresando al fin a su forma natural. La gente hizo un movimiento de retroceso instintivo. Hasta los muskee temían al espantoso ser, auxiliar predilecto del príncipe Azam...

Allá al fondo hincada en un peñasco, estaba la espada. Era grande, enorme, difícil de sujetar incluso con dos manos. Brillaba, como oro y plata aunque era el metal precioso de Zor, el argal, y el acero de rara aleación de su enorme, ancha, afilada hoja. Su modo de penetrar en el peñasco, resultaba un enigma. Pero allí estaba, vertical y hermosa. Como un símbolo de poder indestructible.

Zoff Darrin estaba confundido entre la multitud. También Kilgan. Zoff mantenía sus ojos fijos en Ilonka o en la espada. Una mirada a Reptok le bastó. Con un

escalofrío, reconoció que era un enemigo temible. Sobre todo, cuando le vio desdoblarse, a la vista de todos, en siete monstruos idénticos, volviendo luego a fundirse en uno solo.

Emitió un aullido atroz, inhumano, bestial, de goce y placer, ante las víctimas. Se hizo otra mutación en él. Reptok se convirtió en un altísimo antropoide viscoso, sin vello en el blando cuerpo. Saltó sobre la primera víctima, un hombre muskee.

Fue horrible.

Su boca deforme, babeante, se tragó la cabeza del sacrificado. Devoró con fruición aquella parte del cuerpo. Desgarró el resto, tirándolo al vacío negro de la sima. Hubo alaridos de complacencia y admiración para Reptok.

Junto a la espada, el príncipe Azam mantenía erguida su negra y alta figura de siniestra sombra en las tinieblas. Reptok se acercó hacia otra víctima. La segunda en el sacrificio masivo.

Ilonka.

Era ella la elegida ahora. Reptok la contempló, jadeando bestialmente, recuperada su forma original. Darrin se dispuso a actuar.

Ilonka gritó, contemplando aquella masa abominable que se aproximaba hacia ella, reptando como una alimaña hambrienta. Las antenas vibraban excitadas, con la proximidad de la hermosa víctima rubia.

Zoff Darrin estaba cerca de la plataforma, mezclado entre los muskees. Pero no cometió el error que podía preverse. No saltó hacia Reptok, el

monstruo... sino hacia Azam, señor de las tinieblas.

Hubo un clamor, un grito colectivo de asombro, cuando aquel hombre, aquel desconocido, brincó hacia Azam, convertido en un manojo de músculos y tendones en febril actividad.

Azam, con estupor, contempló al hombre que parecía disponerse a agredirle.

—¡Reptok, a él! —gritó en su lengua. Y Darrin le entendió porque ahora Darrin podía leer los ajenos pensamientos.

Pero tampoco había caído sobre Azam. Ni lo intentó siquiera.

Hizo lo más simple, lo que ni siquiera Kilgan hubiera podido prever. Se precipitó sobre la roca en que se hundía la espada. Azam, de momento, no había previsto tal cosa, pese a sus mágicos poderes. Además, ¿quién podía imaginar que aquel hombre semidesnudo, con aire de guerrero olvidado, podía ser el personaje llegado de mundos lejanos, el que la profecía de la espada señalaba para el prodigio?

Cuando lo supieron era tarde.

Darrin, con increíble sencillez, había empuñado la enorme espada entre sus manos crispadas. Había tirado de ella, convencido de que no se movería una sola pulgada.

Se equivocó.

La espada Wakk, o espada de los Justos, estaba en sus manos. Centelleó, como un rayo, deslumbrando a todos cuando la alzó.

—¡Darrin! —chilló Ilonka, demudada. Le contempló desde la piedra de sacrificios—. ¡No es

posible que seas tú...!

Darrin enarboló la espada. Ocurrieron cosas inconcebibles, inesperadas hasta para él...

CAPÍTULO IX

La espada, como una inmensa cruz de fulgor centelleante, que cegaba, hizo retroceder tambaleante, al príncipe guerrero de las Tinieblas, que gritó roncamente, amedrentado. En cuanto a Reptok, que se deslizaba ya veloz contra Darrin, recibió contra su cuerpo blando y adiposo, el impacto formidable de aquel espadón.

Hendido en dos, el espantoso mutante trató de convertirse en un doble Reptok. Se formaron rápidamente dos seres iguales, monstruosos... y Darrin, movido por un impulso superior, por una voz inaudible que le guiaba, descargó dos golpes de espada.

Ahora, contra las antenas vibrátiles de ambos monstruos desdoblados. Ocurrió lo imprevisible. Brotaron chorros lechosos de aquellas antenas mutiladas. Y Reptok dejó de ser un doble cuerpo para volver a ser dos mitades de uno mismo. Dos mitades que se agitaban en espasmos de muerte.

Azam, con un grito exasperado, se irguió hacia la negra noche, elevando sus brazos al cielo nuboso. Un grito de Kilgan llegó hasta Darrin:

—¡Cuidado, Zoff! ¡Azam trata de invocar a los dioses de la Noche contra ti!

Darrin no sabía cómo luchar contra el poderoso príncipe, predilecto de los dioses nefastos del planeta Zor, pero ese mismo impulso misterioso que moviera sus actos contra Reptok, le lanzó ahora en dirección a Azam... y de un tajo formidable, segó sus dos brazos, dejándole mutilado hasta los codos.

La sangre que brotó de Azam era oscura como su propia piel. El alarido del príncipe guerrero fue ahora sordo, casi como un estertor. Sus manos, al tocar la piedra negra de la cima, se convirtieron en humo espeso y oscuro, que se elevó al cielo...

E igual le ocurrió al cuerpo todo de Azam, disolviéndose lentamente, como una materia humeante, que se perdía en las alturas, sin dejar abajo nada más que unas cenizas oscuras, irreconocibles.

Los muskees retrocedían con horror. De la espada de Darrin brotaba una luz cegadora, un rayo en cruz, que alcanzaba a todos cegándolos, asustándoles. Kilgan saltó a la plataforma, junto a Darrin.

—Vuelvo a recuperar mis facultades —jadeó Kilgan—. La espada... hizo el prodigio... Todos te veneran ya. Es la espada, Darrin. Esa espada tenía un secreto, ahora lo veo. Pero no podía saberlo, ni aun siendo mago... Es el arma única contra los brujos del mal, contra los genios maléficos de este planeta...

—Lo presentía. Algo me lo dijo aquí dentro... Tenía que tomar la espada, no atacar a nadie previamente, o sería destruido...

—Darrin, mi vida... —sollozó Ilonka, incorporándose y corriendo hacia él—. Esta vez sí que temí lo peor. . Nunca pensé volver a verte...

—Aquí me tienes, sin embargo —sonrió él—. He llegado a tiempo. Y, por lo que veo, con esta espada en mis manos, no hay nada que temer. Hemos vencido sobre las fuerzas del mal, Ilonka. Hemos vencido al fin sobre todos ellos...

—¿Y el regreso a nuestro mundo, Zoff?

Darrin contempló pensativo el *Perseo*. Inmóvil, inutilizado allá, en pleno yermo de la zona tropical de Zor.

—No sé —musitó—. Mucho me temo que nunca pueda ser utilizado de nuevo...

—De modo que nuestro destino... es continuar en Zor —habló Ilonka.

—Es lo que estoy pensando, sí. No hay regreso posible. El *Perseo* nunca se moverá de ahí. No hay exorcismo capaz de devolverle su facultad y poder de movimiento, ¿no es cierto, Kilgan?

—Mi ciencia no puede competir con ésa —señaló el mago a la astronave terrestre. Meneó la cabeza, negativamente—. En Zor existe la magia, la brujería y la alquimia. Como habéis visto, con ellas se puede tener sojuzgado a un mundo. O se le puede liberar. Todo depende de que las fuerzas del bien avancen a las del mal. Así será siempre. Pero no sabríamos ninguno convertir esa nave en algo útil para vosotros.

—Cielos... —murmuró Ilonka—. Aquí por toda una vida...

—No es tan malo esto, Ilonka —sonrió Darrin—. Después de todo, era nuestro destino. La conquista del espacio traerá cosas como éstas, inevitablemente. Hemos conquistado un mundo, ciertamente. Pero nadie lo sabrá allá en la Tierra. Jamás. Nosotros seguiremos en Zor, alumbrados por soles y lunas que ningún otro terrestre imaginó siquiera. Lo importante es sobrevivir. Y todos los planetas son obra de la

misma mano: Dios.

—Sí, Darrin. Sé que esos otros dioses sólo existen en la superstición de las gentes. Y que Zor puede llegar a ser un mundo aceptable para nosotros —Ilonka rodeó con sus brazos al guerrero que luchó por un mundo que no era el suyo. Y que salió triunfante de esa pugna a vida o muerte—. Pero de cualquier modo, lo que cuenta es que esté junto a ti. Aquí, o en la Tierra, ¿qué importa eso?

—Sí, ¿qué puede importar? —sonrió Zoff—. Biológicamente, todo es correcto aquí. Podremos tener hijos, Ilonka. Crear una familia terrestre en Zor. Una nueva raza en un planeta lleno ya de razas diversas...

—Y algún día esta Edad Media dejará de serlo para que la ciencia haga olvidar a los magos.

—Ese será, sin duda, nuestro destino —comentó Kilgan—. Pero por lo que me han contado tampoco resultará ello muy envidiable para mi mundo. Tal vez por eso, en el futuro volvamos a las espadas y a la magia.

—Sí, no le falta razón —suspiró Darrin, pensativo. Caminó, apoyado en su gigantesca y todopoderosa espada—. Después de tanto mecanismo y frialdad, he llegado a sentirme más humano que nunca, aquí entre brujos, magia, hechicería, alquimia y gentes que viven como en los viejos tiempos de mi planeta. Creo que después de todo, nada importa demasiado, sea ciencia, mecánica... o hechicería. Lo que importa realmente es ser humano e inteligente. Aquí, en la Tierra, o en cualquier otro planeta, Ilonka. El hombre, su supervivencia... y acaso el terminar encontrándose a si

mismo...

Ella asintió. Le besó cálidamente en los labios.

Kilgan el mago, sonrió, meneando la cabeza.

— El amor... —murmuró—. Eso sí que es eterno.
Sea donde sea y cuando sea...

FIN

la conquista del **ESPACIO**

*Una
ventana
abierta al futuro
gracias al talento
de unos autores
de excepcio-
nal calidad*

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE
"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.